ANALES

DE LA

SOCIEDAD CIENTIFICA

ARGENTINA

DIRECTOR: EMILIO REBUELTO

DIRECTOR ADJUNTO: ALBERTO G. URCELAY

AGOSTO 1950 — ENTREGA II — TOMO CL

SUMARIO



BUENOS AIRES

AVDA. SANTA FE 1145

1950

AÑO DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTIN

SOCIEDAD CIENTIFICA ARGENTINA

ADVERTENCIA.— Los colaboradores de los Anales son personalmente responsables de la tesis sustentada en sus escritos. Tienen derecho a la corrección de dos pruebas. Los que deseen tirada aparte de 50 ejemplares de sus artículos, deben solicitarla por escrito. **Artº 10 del Reglamento de los "ANALES"** (modificado por la J. D. en su sesión de fecha 4 de septiembre 1941). Los escritos originales destinados a la Dirección de los "Anales", serán remitidos a la Gerencia de la Sociedad, avenida Santa Fe 1145, a los efectos de registrar la fecha de entrega para luego enviarlos al señor Director. La Sociedad no tomará en consideración las observaciones de los autores que se refieran a cualquier anormalidad, si no se ha cumplido con el requisito indicado.

Impreso en los Talleres Gráficos "TOMAS PALUMBO" - La Madrid 311-325 - Buenos Aires



NETO 50
CEMENTO PORTLAND
INCOR
ENDURECIMIENTO RAPIDO
INDUSTRIA ARGENTINA
COMPAÑIA ARGENTINA
CEMENTO PORTLAND
COR
SAN MARTIN
NETO 50 KILOS
CEMENTO
SAN MARTIN
PORTLAND
INDUSTRIA ARGENTINA
COMPAÑIA ARGENTINA
DE CEMENTO PORTLAND



Símbolo de eficiencia en lubricación

La lubricación correcta de la maquinaria industrial. representa conservación y rendimiento. El nombre de SHELL es un símbolo de lubricación eficiente en todo tipo de máquinas. Por eso le invitamos a que consulte a Asesoramiento Técnico Shell sobre manutención y lubricación de equipos y máquinas en general. Un grupo de especialistas está a sus órdenes. Envíe el cupón al pie y solicite la "Guía de Lubricación" de su interés.

ASESORAMIENTO TECNICO SHELL



Guía de Lubricantes Shell Nº 2
SHELL TURBO OILS
para Turbinas a Vapor

•

Guía de Lubricantes Shell Nº 3
ACEITES SHELL
para Motores a Vapor.

•

Guía de Lubricantes Shell Nº 4
ACEITES SHELL
para Compresores y Extractores.

•

Guía de Lubricantes Shell Nº 5
SHELL CLAVUS OILS
para Compresores de Frío.

•

Guía de Lubricantes Shell Nº 6
ACEITES SHELL DIALA
para Transformadores e Interruptores Eléctricos.

•

Guía de Lubricantes Shell Nº 7
LUBRICANTES SHELL
para Engranajes.

•

Guía de Lubricantes Shell Nº 9
ACEITES SHELL
para Maquinado.

•

Guía de Lubricantes Shell Nº 11
PRODUCTOS SHELL ENSIS
para prevención contra la Herrumbre.



Sres. **SHELL-MEX ARGENTINA Ltd.**
Dpto. "Asesoramiento Técnico"
Av. Pte. R. Sáenz Peña 788 (R. 93) Bs. As.

Estimaré que, sin ningún compromiso de mi parte, quieran enviarme las Guías de Lubricantes Shell
Nos. ....
Nombre ....
Establecimiento ....
Dirección.. F. C. ....

S. C. A.

PANTOFAGIA DEL ÑANDU GRIS, Y DATOS ACLARATORIOS DE SU NOMBRE TECNICO CON REFERENCIA AL « ÑANDU BLANCO »

POR EL

Dr. ENRIQUE J. SAPORITI

(Jefe del Servicio Zoológico del Jardín Zoológico de Buenos Aires)

Ahijuna — y para tragar
tenía un buche de ñandú.
MARTÍN FIERRO.

I

Desde muy antiguo se conoce y ha sido relatada, lo mismo que comentado en diversas oportunidades, la singular y característica costumbre que poseen ciertas aves, tales como los avestruces y ñandúes, de engullir, a mas del alimento propio y común que consiste en hierbas, hojas, semillas, granos, insectos y vertebrados menores, las más variadas cosas y objetos que a su paso encuentran. Esta costumbre que parecería responder a los dictados de un instinto natural, es la que los induce, como es notorio, a introducir en sus respectivos estómagos todo aquello que sus recios y fuertes picos sean capaces de adueñarse.

Referente a los avestruces *Struthio camelus* L., Brehm en su magnífica obra « La Vita degli animali » ([2]), nos dice, en la descripción que realiza sobre las costumbres y hábitos de esta ave, que la vista de un trozo de ladrillo, de una piedra, o de cualquier otro objeto inútil, llama al instante su atención y lo ingiere devorándolo como si se tratara de un pedazo de pan, aunque agregando que también es cierto, que muchas veces estos avestruces se buscan ellos mismos la muerte debido a que en su ciega voracidad, engullen trozos de cal viva. Este autor nos sigue refiriendo que durante su estada en Kartum, cuando perdían ellos algún objeto que no fuera muy voluminoso para las fauces, y demasiado débil para el estómago del avestruz, lo buscaban rápidamente y casi siempre con óptimos re-

sultados, en los excrementos de esta ave. Nos relata, asimismo, que Berchon, efectuando la disección de un avestruz, encontró en su estómago una cantidad de objetos, cuyo peso sumaba 4,228 kg, estando constituído todo ello de arena, estopa, trapos, monedas, clavos, trozos de hierro y plomo, botones, piedritas, etc.

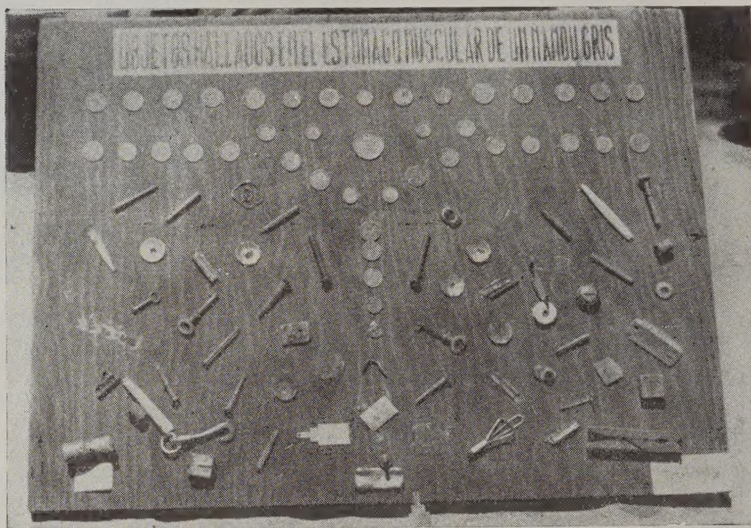


FIG. 1. — Contenido estomacal del primer ñandú (555 gr).

Con respecto a nuestros ñandúes, la presente comunicación no tiene sino el objeto de corroborar y poner en evidencia, una vez más, la misma voracidad extraordinaria y la igual predisposición « sui generis », que a semejanza de sus congéneres africanos, poseen estas típicas aves corredoras de la avifauna neotropical.

Así vemos que ya el extinto y sabio maestro de ornitología, el Dr. Roberto Dabbene ([3]), nos relata el caso que en oportunidad de tener que preparar la piel de un ñandú gris —que muerto por asfixia ingresó al Museo, y que en vida había estado viviendo en un terreno baldío, situado en la adyacencia de una herrería—, encontró con que éste había ingerido tuercas, bulones, tornillos, argollas, etc., que pesaban un total de 950 gramos.

Los dos ñandúes grises, motivo de esta nota y que fueron por un tiempo relativamente largo pensionistas del Jardín Zoológico de Buenos Aires, confirman en forma fehaciente, la manifiesta pantofagia de estos reiformes. Al acaecer la muerte de estos ñandúes en el Zoo, el Servicio Veterinario de la Repartición procedió a efectuarle las autopsias de práctica, y cuyos protocolos para mayor ilustración transcribo íntegros mas abajo.

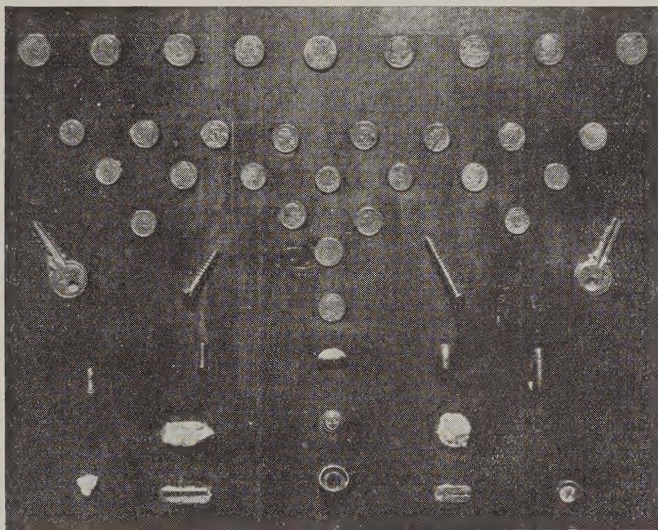


FIG. 2. — Contenido estomacal del segundo ñandú (140 gr).

Realizadas las mismas, se hallaron en sus respectivos estómagos un número notable de cuerpos extraños, la gran mayoría de ellos metálicos y de las más diversas formas y tamaños. Los objetos hallados, similares a los casos anteriores, fueron trozos de hierro, piedritas comunes, tornillos, llaves, anillos, trabas de corbatas, cápsulas de bala, soportes de jabón, porta hojitas de afeitar, piedras de esmeril, broches para colgar ropa, y muchas monedas de 20, 10, 5, 2 y 1 centavos, que totalizaron $ 2,35 y 1,46 m/n respectivamente (verdaderas alcancías) y cuyos detalles pueden apreciarse mejor en las fotografías adjuntas.

Los pesos totales de todo lo hallado sumaron 555 gramos para el 1º ñandú y 140 gramos para el 2º ñandú.

PROTOCOLO DE NECROPSIA DEL 1er. ÑANDÚ (555 gramos):

Ñandú gris, macho adulto.

Examen externo:

Regular estado de nutrición. Xifosis acentuada en las vértebras dorsales.

Examen interno:

Al sacar plastrón tóraco-abdominal se observa enorme dilatación de todo intestino en especial ciegos en su base.

A través de la serosa intestinal se perciben gran cantidad de nódulos amarillentos, duros, algunos del tamaño de un garbanzo. En la iniciación del duodeno, estos nódulos forman un anillo. En la desembocadura de los dos ciegos, dos nódulos, uno de cada lado del tamaño de una nuez. Al abrir intestino cada nódulo forma úlceras revestidas de una substancia amarillenta, seca, que en la luz intestinal está teñida por la bilis.

En el estómago muscular se encuentran gran cantidad de cuerpos metálicos, etc. Estómago glandular normal al igual que esófago.

Hígado sembrado de nódulos miliares y submiliares, blancos amarillentos. Bazo de aspecto tuberoso constituído por nódulos del tamaño de una arveja.

Urogenital normal. Pulmones bien. Corazón nevado por pericarditis.

DIAGNÓSTICO: Tuberculosis.

PROTOCOLO DE NECROPSIA DEL 2º ÑANDÚ (140 gramos).

Ñandú gris, macho adulto.

Examen externo:

Regular estado de nutrición.

Examen interno:

Estómago e intestino normales con escasa cantidad de alimentos, en el estómago muscular se hallan una gran variedad de cuerpos extraños (monedas, botones, tornillos, llaves, balas).

Hígado: de color rojo oscuro, ligeramente aumentado de volumen consistencia disminuída al corte. Resume regular cantidad de líquido sanguineo.

Bazo normal.

Riñones: aumentados de volumen, de color rojo oscuro, consistencia muy disminuída y friable ya que fácilmente se desintegran a la presión con los dedos.

Presentan una superficie de corte húmedo brillante que resume líquido sanguíneo.

Corazón en máximo, diástole con coágulos cruóricos y lardáceos en las cuatro cavidades.

Pulmones normales.

DIAGNÓSTICO: Nefritis parenquimatosa aguda difusa.

Como el lector puede colegir, análogamente al caso presentado por el Dr. Dabbene, la etiología de la muerte de estos ñandúes, no puede atribuirse de ninguna manera a la ingestión de estos « menú » tan particulares, que por sus propias voluntades ingirieron en sus dietas.

II

Habiendo leído los trabajos (5-6) publicados por el Dr. J. L. Minoprio, sobre las diagnosis y denominación de las subespecies de ñandúes gris y blanco respectivamente, y en los cuales el autor afirma que es un error seguir denominando *Rhea americana albescens* a nuestra subespecie de Ñandú gris, sino que por el contrario, se debe adoptar definitivamente el nombre de *Rhea americana albescens* Lynch Arribalzaga y Holmberg para el ñandú blanco y el de *Rhea americana rothschildi* (Brabourne y Chubb) para el ñandú gris; expongo a continuación mis observaciones efectuadas en el Jardín Zoológico de Buenos Aires, sobre la procreación de estos ñandúes, y que sin ningún ánimo de abrir una polémica con respecto a su sistemática, opino que van a contribuir a dilucidar y aclarar la misma.

En efecto, en el Jardín Zoológico de Buenos Aires, desde hace varios años han procreado y se procrean en forma regular y constante estos reiformes — grises y blancos — respectivamente, y resumiendo brevemente los resultados de tales crías digo:

1º) Que de progenitores blancos, las crías obtenidas han sido siempre blancas;

2º) Que de progenitores grises, los productos obtenidos fueron como sigue:

En algunas nidadas (la mayoría de ellas) todos los charitos nacidos fueron grises; en cambio en otras y en la proporción de más ó menos 1 á 7 nacían pichones blancos y grises respectivamente; es decir que en varias oportunidades de padres enteramente grises nacieron crías blancas típicas.



Fig. 3. — Pichón de ñandú blanco, que no alcnazó a sobrevivir.

Esto confirma y corrobora plenamente que: si en una nidada de ñandúes grises nacen charitos blancos, nuestro ñandú gris es una subespecie genotípicamente heterocigota, con predominio del color gris sobre el blanco recesivo.

Ahora bien, si ya en 1878 en la comunicación que hicieran Lynch Arribalzaga y Holmberg al describir al ñandú blanco como especie nueva para la ciencia, dicen que el egregio Darwin ya tenía noticias o referencias de la existencia de este animal; que el naturalista

Don Lorenzo Parodi ([7]) cerca de la misma fecha encuentra en una tropa de ñandúes silvestres en las costas de Ajó, un ejemplar totalmente blanco, y que al cobrar vivo dicho ejemplar y obsequiarlo al estanciero Don Victorino Alday, éste logra fijar el color blanco — puesto que son fecundos los apareamientos — y formar una cuadrilla de 400 ñandúes blancos; que se tienen y tenemos nosotros en



Fig. 4. — Ñandú gris macho con los charitos grises, y de cuya nidada había nacido el ejemplar blanco que murió al primer día.

el Zoo referencias fidedignas que se suele observar con relativa frecuencia estos ejemplares blancos en su vida libre, y que nuestras positivas observaciones realizadas en el Zoológico confirman en forma fehaciente el origen de estos ñandúes blancos; no cabe entonces la menor duda que ñandúes grises y blancos constituyen una misma y única subespecie.

Por lo que volviendo a su posición sistemática creo que, si como bien recuerda Minoprio en sus notas, después de los estudios efectuados con respecto a la descripción de Linneo referente al *Struthio americanus*, ex Macgrave, etc., quedaba nuestra subespecie sin deno

minación subespecífica, opino que por razones de prioridad y de acuerdo a los datos biológicos enunciados — ya que si bien hay dos fases de coloración en este animal, no es sino el mismo — se debe entonces seguir llamando y dejar válido el nombre de *Rhea americana albescens* Lynch Arribalzaga y Holmberg ya sea para referirse tanto al ñandú gris como al blanco indistintamente, debiendo dejar en sinonimia el nombre de *Rhea americana rothschildi* (Brabourne y Chubb).

Hago constar también que nosotros en el Jardín Zoológico no hemos nunca cruzado ñandúes grises y blancos entre ellos, dado que por razones de exhibición y conveniencia y como ya conocíamos biológicamente los dos tipos cromáticos y su génesis, preferimos criar blancos y grises independientemente, puesto que además de ser los primeros mucho más valiosos, para concertar operaciones de canje con fauna exótica, son extraordinariamente codiciados, debido a su rareza, por zoológicos extranjeros.

Bibliografía

1. Brabourne y Chubb. — « The nomenclature of the Rheas of South America », (*Ann. Mag. of Nat. Hist.*, serie 8, t. VIII, 1911, pág. 273-275).
2. Brehm, A. — « La Vita degli Animali ». (*Uccelli*, III, v. 6, p. 749, Torino 1900). (Seconda Edizione Italiana, tradotta sulla Terza Edicione originale).
3. Dabbene, R. — « El contenido del buche de un ñandú ». (*El Hornero*, v. II, p. 57, 1920-1922).
4. Dabbene, R. — « Los ñandúes de la República Argentina ». (*El Hornero*, v. II, 1920-1922, p. 81-84).
5. Minoprio, J. L. — « Nota aclaratoria sobre la denominación del « ñandú blanco ». (*Bol. Fac. Cienc. Exact. Fís. y Nat. de la Universidad de Córdoba*, año X, nº 3, 1947, pág. 411-420).
6. Minoprio, J. L. — « Comentarios alrededor de las diagnosis originales de *Rhea americana albescens* y de *Rhea americana rothschildi*. (*An. Soc. Cient. Argentina*, t. CXLV, entrega I, 1948, pág. 14-23).
7. Orfila, R. N. — « El ñandú blanco ». (*Rev. Zoo*, nº 1, 1938, pág. 41-44).
8. Rotschild, W., y Chubb, C. — « On a new form of Rhea. (*Novit. Zoolg.*, t. XXI, nº 2, 1914, pág. 223).
9. Steullet, A., y Deautier, E. — « Catálogo sistemático de las aves de la República Argentina ». (Museo de La Plata, *Obras del Cincuentenario*, t. I, 1ª entrega, 1936, pág. 129).

LA PROTECCION ABORIGEN. EL NILLATUM DEL CHUBUT

POR

CARLOS RUSCONI

I

En todas las épocas hubo hombres de ciencia o personas con sentimientos humanísticos (Marelli, Liebermann, etc.) que han hecho llegar su palabra en favor de la protección de las aves, de los mamíferos terrestres o acuáticos, que van disminuyendo con acelerada rapidez en muchas regiones o se han extinguido para siempre en otras, debido a la explotación desenfrenada y sin control y al poco celo de ciertas autoridades.

Del mismo modo han señalado esa necesidad imperiosa, tendiente a proteger los bosques o bosquecillos que aun quedan en varios sectores de nuestro territorio y con cuyo talaje, a veces despiadado, no se ha hecho otra cosa que contribuir a la extinción de la avifauna local, facilitando, por otra parte, el proceso de la corrosión de los suelos, en perjuicio de la población y del fisco, sobre todo en aquellos predios que luego de talados no fueron repoblados por plantas con fines benéficos, o por lo menos, repoblarlos con vegetación que impidiera el avance de ese alarmante proceso continuado de los vientos y las lluvias que obran con implacable acción en determinadas zonas

En un sentido parecido, se ha señalado reiteradamente la necesidad de la protección del aborigen, puesto que son seres similares a los que nos tildamos de civilizados, y luego, porque desde el punto de vista humanístico, merecen similares consideraciones, dado que ellos, en la medida de sus conocimientos y aptitudes, contribuyen al progreso de la Nación.

Desde el principio del siglo pasado, iniciaron los hombres de gobierno una serie de expediciones con el fin de ampliar el dominio territorial de su vasto y entonces casi desconocido territorio, y entregarlo a la colectividad para un mejor usufructo del suelo, y por

consiguiente, un elemento más de prosperidad para la economía de la Nación. Pero, conjuntamente con esa buena iniciativa, vino aparejada también la restricción de los grandes campos ocupados por diferentes grupos étnicos, especialmente del occidente de la provincia de Buenos Aires, Sud de Santa Fe, San Luis, Córdoba, Sud de Mendoza, Neuquén, Río Negro, Chubut y Patagonia. Estas expediciones realizadas por agrupaciones militares han sido ya consignadas en distintas fuentes históricas, coronándola la gran Expedición al Desierto, dirigida por el entonces General Julio A. Roca, y finalizada pocos años después con las excursiones emprendidas por el occidente mendocino hasta Neuquén, en donde una buena parte de esas actividades le fueran confiadas al general R. Ortega.

En cada una de ellas, nuestras fuerzas fueron conquistando leguas de terreno por un lado, y arrinconamiento o extinción aborigen por el otro, lo que trajo aparejado la dispersión y mezcla de grupos étnicos sobrevivientes, o bien de numerosas bajas, como en el caso del balance registrado durante la campaña de la Expedición al Desierto, que dejó definitivamente sellada la anulación del poderío aborigen, con excepción de pequeños reductos de aquellos pocos caciques que salieron ilesos en dichas contiendas, o bien de los que desde la primera hora estuvieron al lado de las fuerzas leales, que deseaban vivir en paz con sus hijos y con sus familiares, dentro de las parcelas de tierras que, en mérito a sus comportamientos, les fueron luego asignadas por las autoridades nacionales.

Sin embargo, el tiempo se encargó de evidenciar el incumplimiento de algunos de estos requisitos, muy humanos y atendibles, y de allí el por qué no pocos caciques de La Pampa, Río Negro, Neuquén, etc., iniciaron a fines del siglo pasado y principios del presente, una serie de peregrinajes con el fin de solicitar a las autoridades de algunas provincias o bien de las de Buenos Aires, su protección y validez de los derechos concedidos, como lo habían hecho ya otros caciques durante los siglos XVIII y XIX.

Estos inconvenientes que se les presentaban, se debían, en gran parte, a la acción de ciertos terratenientes que, con el afán de adquirir tierras y más tierras, iban también obteniendo no pocas parcelas regadas por algún río, arroyo, mallín, etc., dentro de los cuales los infelices aborígenes habían cifrado sus esperanzas para poder mantener su escaso ganado y algunas que otras tierras para cultivos.

Pero este ir y venir de esa gente que dejó definitivamente de enristrar la chuza o la lanza, para entregarse al laboreo de sus tierras o el de mantener sus majadas, no ha terminado aún, según se desprende de las noticias que de vez en cuando aparecen en la prensa del país. Estas noticias no pueden ser del todo alentadoras para ninguna esfera más o menos civilizada y por consiguiente, es un deber de elemental principio de humanidad, poner una vez por todas en práctica no solamente las buenas intenciones propugnadas por muchos gobiernos, sino la de llevarla a cabo con el fin de asegurarles a las pocas familias de aborígenes, una vida más llevadera, desde el momento que, como unidad étnica, estos aborígenes han dejado de existir en todo nuestro territorio, y sólo quedan pequeños reductos de algunos centenares y los más, descendientes, entregados a las más diversas actividades de la vida de campo, deseosos, empero, de ponerse más en contacto con la civilización.

II

En estos momentos que se habla mucho del folklore nacional, de los motivos de la tradición nacional, y se realizan congresos, y se estimulan a sociedades con el fin de no hacer perder la tradición, bueno sería también compenetrarse de las causas que han motivado un sinnúmero de quejas de los aborígenes afectados, a fin de remediarlas y poder conseguir de ese modo, mantener aquella tradición étnica a más largo plazo, puesto que ésta se halla propensa a su desaparición, como ha ocurrido con tantos pueblos y civilizaciones, desde tiempos inmemoriales.

A mi entender, no es posible comparar algunos aspectos de esa tradición que aun mantienen grupos familiares o centros culturales, revividos en escenarios públicos, por personas que, en algunos casos, no tienen arraigo genealógico de la tradición, o ni siquiera el menor vestigio de sangre genuinamente aborigen, motivo por el cual vemos a veces surgir conjuntos que dicen reflejar la tradición aborigen, pero no siempre se ciñen a representar esa idiosincracia propia de los viejos autóctonos, y por ende tratan de sustituirla con elementos bastardeados y cuando no, foráneos.

Por el contrario, como tradición de la raza autóctona (no criolla de mediados del siglo pasado), se entienden todos aquellos motivos genuinamente aborígenes con sus supersticiones, cantos e instrumen-

tos, si bien pobres y lánguidos estos últimos, son, al fin y al cabo, los que en parte dieron origen a muchas de las canciones y bailes que generalmente oímos o vemos representar en determinadas fiestas de la tradición, como ocurre, en otro orden de ideas, con todas aquellas manifestaciones espirituales, creencias, supersticiones, etc., señaladas en nuestro cancionero campero (Ascasubi, José Hernández, Echeverría, o bien en nuestra bibliografía etnológica (Ambrosetti, Lafone Quevedo, Adán Quiroga, Leguizamón, etc.).

El derecho de gentes es un principio y finalidad ya consagrados, y cada día va tomando más cuerpo entre las naciones civilizadas porque, en puridad de verdad, es el mejor aliciente y la más grande esperanza que nos resta en esta hora actual, atribulada por versiones poco alentadoras puesto que se halla en juego el futuro mismo de la civilización.

Por este motivo, abrigamos la esperanza de que aquellos pocos aborígenes han de tener una vez para siempre el predio que muchas veces se les prometió o se les entregó, para que terceros se posesionaran de ellos torciendo así iniciativas sanas y humanitarias. Y sobre todo, hay esa esperanza en la hora actual, en la que están empeñadas las autoridades de la Nación, esforzadas en transformar en una realidad tangible, los derechos de la niñez, de la vejez y por ende, los derechos del hombre que nace o viene a nuestras tierras con fines lícitos, guiado por el vehemente propósito de progreso para un mejor destino moral y material de nuestra patria.

III

Existen en nuestro país algunos grupos más o menos numerosos de familias aborígenes entregados a las más variadas actividades de la vida de campo. Estos aborígenes aunque saben que su poderío étnico se extinguió para siempre, sin embargo, mantienen en sus mentes los recuerdos de la tradición, desarrollados en épocas pasadas, cuando en nuestro territorio extendíanse por millares las tolderías pertenecientes a numerosas agrupaciones humanas, que enristraron la chuza o la lanza, o desolaron poblados con sus vertiginosos y desvastadores malones.

Empero, aquellos, a pesar de que mantienen el recuerdo de su tradición, quieren compartir una vida común con las clases laboriosas y más civilizadas, pese a las vicisitudes que han corrido y a

las gestiones que no siempre vieron cristalizadas, según se desprende de las noticias puestas al dominio mediante los órganos de la prensa en general, o de los informes publicados por agrupaciones científicas, o finalmente, de las pocas comunicaciones epistolares que he mantenido con varios jefes aborígenes, como las del cacique Marcelino *Ancatruz*, Hilario *Payllalef*, Antonio *Ñanculef*, sin contar las entrevistas personales con María Isabel *Unepeo*, hija del cacique *Maliqueo*; con *Calcuer*, *Paillamil*, *Culipís*, los *Diamantes*, *Manquel*, Josefa Baigorria de *Manquillán*, hija del cacique A. *Baigorrita*, y muchos de los cuales ya fallecieron.

La tribu del cacique Marcelino *Ancatruz* (recientemente fallecido) tiene su centro principal en Zaina Yegua, territorio del Chubut, y cuyo capitanejo o secretario general es don Hilario *Payllalef*, encargado de la supervisión de varios centenares de familias descendientes en su mayor parte de Pehuenches, Puelchés, algunos Huiliches y Araucanos, como lo he recordado en varios opúsculos en donde ofrezco los nombres de los jefes de muchas familias típicamente aborígenes, más otros datos de interés general y étnico (1-2).

Pero esas familias, al decir de ellos, no siempre viven en condiciones deseables sino que han tenido dificultades a causa de las restricciones hechas por algunos terratenientes que, no sólo les han invadido los predios donde aquellos tenían sus tierras laborables o mantenían sus majadas con las cuales permutaban con otras mercaderías para poder vivir, sino que no pocas veces habrían sufrido vejámenes o mirados a menos por el simple hecho de ser indios o descendientes de éstos, según la expresión del propio *Payllalef* y otros.

Posteriormente he mantenido comunicaciones con el aborigen Antonio *Ñanculef* de cerro Centinela, Concorvado, territorio del Chubut, quien en una de las cartas me hace saber que desde hace años se halla bregando para el bienestar de los aborígenes y que en vista de ello fué designado once años atrás como Delegado de los aborígenes que viven en varios parajes del Chubut.

En otra, me pone en conocimiento de sus vicisitudes y de las gestiones realizadas en su reciente viaje a Buenos Aires, para interesar

(1) CARLOS RUSCONI, « Un empadronamiento de aborígenes de Neuquén », en *Rev. Univ. Nac. de Córdoba*, vol. XXXIII, pp. 1-13 del sep. Córdoba. 1945.

(2) C. RUSCONI, « Nuevos datos sobre antiguos aborígenes de Neuquén », en *Anal. Soc. Cient. Arg.*, vol. CXLIV, pp. 492-501, Bs. As., 1947.

a las autoridades, relativas a la situación en que se encuentra este núcleo humano que es otro de los pocos que aun existen en nuestro dilatado Sud.

Por este motivo, sería de mucho interés que, en correlación con los sanos principios exteriorizados por legisladores, sean dictadas leyes que contemplen en forma equitativa los deseos de aquellos pocos grupos étnicos que con fines nobles y patrióticos desean vivir en comunidad y en paz, y de ese modo se podría mantener a mayor plazo, los últimos vestigios de grupos étnicos que fueron otrora dueños y señores de nuestro país. Estas leyes deberán contemplar varios aspectos, entre los cuales estará el derecho de gentes y el de facilitarles predios, o tipos de Reducciones, parecidas en cierto modo a las que se han establecido en otras regiones del mundo como *Zonas de Reservas* para la flora, fauna y gea, tal como ha sido llevada en parte esa práctica en varias zonas de nuestro país y como hubo un principio similar en le territorio de la provincia de Mendoza en base a iniciativas dadas a publicidad recientemente (3).

IV

A continuación daré a conocer una de las notas remitidas por don Antonio *Ñanculef*, seguida de otra que se refiere a los pormenores principales de una de las grandes fiestas que suelen realizar algunas veces, aunque lo fué muy común en otros tiempos en el Sud mendocino, Neuquén, Río Negro, Chubut, Patagonia, etc. Quiero referirme al *Nillatum o Camaruco*, cuyo acontecimiento era antes realizado con gran pompa puesto que concurrían al lugar prefijado los principales caciques, capitanejos, mocetones y familiares adornados con sus mejores atavíos y a las que nunca faltaban las *Machis* y otros personajes.

Estas fiestas, si bien es cierto que variaban, según las costumbres de las tribus o de las parcialidades, su fin principal era el de reunirse para invocar al ser supremo que ellos creían o adoraban (*Antú* o *Antí*), o sea al sol y demás elementos, para obtener una mejor felicidad futura exenta de calamidades (sequías, nevadas, pestes, enfermedades, etc.), así como también la iniciación en la

(3) C. Rusconi, « Zonas de reservas para las especies de animales autóctonos », en *Rev. Mus. Hist. Nat.*, vol. III, pp. 9-14, Mendoza, 1949.

vida de la joven mujer, etc., en las cuales siempre estuvieron presente las mejores *Machis* o médicas indígenas encargadas del ceremonial espiritual que se iniciaba a la alborada (*Pu-lihuen*) o a la salida del sol (*Tripan-Antú*) y terminaban a la oración (*Ranquipun*) o bien durante la noche a la luz de la diosa luna (*Quilla* o *Quillen*) y bajo el cielo tachonado de estrellas (*Huaglen*).

Asimismo, invocaban una serie de cuerpos celestes y fenómenos terrestres como el *Lay-Antú* o *Layantú* (eclipse solar), o *Lay-Quilla* (eclipse lunar), los *Cheruve* (cometas), el *Utray-unquey* (arco iris), al *Llefque* o *Llefke* o *Toki-curá* (relámpago), al *Pillañen* o *Tralcan* (trueno), al *Tromon* (lluvia), al *Mapu-Chao* (tierra) o *Ngunechen* (dios gobernador o creador de la tierra), a los *Cheufue* o *Cheurfe* (fuegos fatuos), a los *Meulen* (torbellinos) a *Pillan* (dios ígneo promotor de las erupciones volcánicas), a *Nahuelbuta* (espíritu de los cerros), a *Pideñ* o *Pidem* (espíritu de los mares), a *Nahuin-Malen* (mujer hermosa), a los *Huecufu* o *Hueculfvu* (espíritus maléficos semejantes al gualicho), al *Alhue* (otro de los espíritus malignos), al *Queronquenquen* o *Queronquen* (espíritu maligno que se apoderaba del espíritu de los niños y algo parecido al « cuco »), al *Epunamun* (espíritu de la guerra), al *Anchimalhuen* (espíritu benigno), al *Gñirrifilu* (espíritu en forma de animal con cabeza de zorro y cuerpo de víbora), al *Trikewecufu* o *Trequelwecufu* (parte de animal provisto de largas garras), a la *Kuca* (ave de mal agüero, como en el caso de nuestras lechuzas, según la imaginación popular), a los *Perrimontun* (especies de visiones nocturnas), al *Chonchon* (espíritu en forma de mujer transformada en pájaro y que mantiene relaciones con las brujas), al *Ngaquiñ* (espíritu de animal de costumbres nocturnas), al *Huaillepeñ* (espíritu de animal de hábitos marinos), al *Kai-kai* (también espíritu de animal algo parecido a un caballo pequeño de largos pelos y habitante de lugares palustres), al *Llul-llul* (otro de los animales mitológicos), etc.

Igualmente debieron haber invocado aquellos elementos relacionados con el alma como *Nomelafquen*, o sea el más allá; a *Witranalwe* (aparición del alma de un indio muerto, etc.), a *Am-culliñ* (aparición del alma de ciertos animales), al *Putren* o *Pulacum* (espíritu de los mayores o abuelos), al *Kultramapu* (infierno), o los *Langencheve* (seres virtuosos), al *Ngenpiru* (personaje con el poder de extirpar ciertas plagas, al *Catantecum* (personas virtuosas, valientes o guerreras), etc.

Las *Machis* o médicas, en muchas agrupaciones se las consideraba personajes con poderes o atributos distintos, que tenían misiones diversas como en el caso de los *Dungullafe* o *Dunguve* (especie de adivino que presagiaba ciertos hechos o acontecimientos), el *Kalku* o *Calcu* (tipo de brujo que proporcionaba sustancias venenosas a sus víctimas), o del *Cupolave* (personaje generalmente dedicado a la magia de extirpar la hiel y averiguar las causas del paciente) o la del *Pelon* (indígena dedicado a averiguar enfermedades por medio de los sueños), al *Ampive* (dedicado al arte de curar ciertas enfermedades), al *Vileus* (otro tipo de médico mágico), y así una serie de personajes que deben haber desfilado o sido invocados en aquellos ceremoniales del Nillatum, y de los cuales me ocupo más extensamente en otro trabajo.

La relación que me ha hecho *Payllalef* y ahora, la que transcribo de *Ñanculef*, son pues, una vieja reminiscencia de aquellos grandes ceremoniales que han pasado a la historia de nuestra étnica, no obstante su origen en gran parte araucano. Además, muchas de estas supersticiones, creencias, etc., han sido practicadas por otros pueblos de América aunque hayan utilizado nombres y personajes o formas de animales distintos, pero que, de cualquier modo, evidencian un rico glosario y un abundante material ya consagrado especialmente en la numerosa bibliografía araucana, cuya influencia en nuestro territorio, hasta casi las mismas puertas de Buenos Aires, se ha hecho sentir a mediados del siglo XVIII cuando nuestras tribus comenzaron a mantener una intensa vinculación con los Pehuenches, Huiliches, Picunches y por ende, con los Araucanos en general.

Cerro Centinela (Chubut), Diciembre 13 de 1949.

« Muy distinguido señor Rusconi:

Mendoza

Señor Carlos Rusconi

Hace pocos días recibí su amable informe, donde me pregunta varia cosa importante, cacharro, flecha, fósiles, Nillat-un; de los caciques antecesores, una partida de fichas.

« En seguida me he ocupado describir algo del Nillatun para hacer es bastante difíciles, yo dos ocasiones estado en esa fiesta es

por eso que he tenido mayor atención de observar, todo los movimiento necesario lo que se hace esa escena.

« Yo tengo entendido de mi entendimiento de lo que ha existidos anteriormente los Caciques del territorio Chubut. Saihueque, Francisco Nahuelpan, Ñancuche Nahuelquir, Sacamata, Quinchamal, han sido ilustres personas de aborígenes; siempre han sido vivientes al próximo de la cordillera que prolonga de Norte a Sur, han los primeros vivientes de los mejores Valles, ríos, arroyos, mejores lugares han tenido en donde vivían. Hoy en día no tienen los aborígenes esa calidad de campo; ahora los aborígenes siempre están arrinconado, en la altura donde hay mucho hielo y Nevazones, casi imposible existir la vida de los animales, pero para la vida humana sino en algún campo seco y sin agua. En eso punto de consideración nunca vamos tener mejoramiento siempre vamos estar en la plena miseria moral. En los campos fértiles que hay probabilidad y prosperidad para mejorar la situación y renunciar de la miseria lógicamente trabajando, moralmente encuentran tranquilidad la familia que pueblan, en buen campo.

« En esto le pongo en su conocimiento, estamos esperando la comisión de tierra, tengo entendido que ahí está un jefe de la Dirección de Protección al Aborigen. Yo estuve en Buenos Aires, en mes junio año en curso; presenté la demanda de tierra, me atendieron bien; la ficha muy pronto no puedo llenar (4), están ausentes por respecto de trabajo de Esquila. Con mi mayor consideración lo saludo.

ANTONIO ÑANCULEF ».

NILLAT-UM - CAMARUCO

ORGANIZAR

« Aviso anticipación más o menos dos meses, es una advertencia computando el programa, nombrándose varias personas mensajeras, dirigiéndole a cada paraje, destinado a cada cabecilla de núcleo de familia aborigen. Segundo aviso ya con un plazo fijo y serio; el jefe de la fiesta tiene propiamente señalar el día de celebrar la fiesta Nillat-um.

(4) Se refiere Ñanculef a una serie de fichas que le envié con el fin de que se sirviera llenarlas, indicando allí una serie de datos relativos a cada familia aborigen.

« Concurrir los invitados y familias, cuatro o dos días antes del día solemne, llegándose a próximo del lugar o sitio donde se va a levantar diez o doce colihues en fila alineada; dos Bandera con astas de la misma Rini o colihues. Color de la bandera, azul, blanca, amarilla, tricolor, significa cielo, nube, sol, esta solamente (Reparación).

« En víspera del Nillat-um primer lugar el jefe de la fiesta para adelante se eligen personas capacitadas para hablar casi todo mayores de edad, personas competentes de hablar extensamente con idioma nativo prolonga parlamentaria. El día solemne principia muy temprano poco antes de aclarar el día; ya cuando va aclarando orden general ensillar los caballos todos los hombres, en seguida principian ensillar dos caballos, y gente invitada junta a la presencia, cuyos dos caballos, un alazán, un blanco, los dos con todo herrajes, platas, cada caballo le ponen o dos el alazán, el blanco collar de cascabel; esos dos caballos se llaman, « Pillan Cagüell » o « Piugüichen Cagüell », pillán significa Volcán, cagüell, significa caballo; esos dos caballos predominantes y dos personas cabalgan y manejan las banderas cada una que se llama Piugüichen o capitán.

« Al comienzo ensillar los dos caballos se aproxima multitud de personas, y muchas canciones femenino; los hombres vez en cuando gritan celebrando en el período de ensillar los caballos alazán y blanco.

« Sin perder instante se cabalga todo todos los hombres y jóvenes, salen al sitio sagrado, galopes suaves con torno o perímetro; las mujeres ponen en marcha en columna rumbo al sitio sagrado y cantando alegremente, una vez llegando al lugar empiezan a bailar en circular o vuelta de los colihues alineada; los hombres dilatan y continúan galopandos, de cuando vez en cuando gritan cuatro veces siempre, alegremente avivando se llama « Augún ». Después pasado ésto el Augún, bailan mujeres; un momento quedan tranquilo; pasa un orador ligero asesorando para conservar la orden general, y seguir la fiesta bien todo. Otra vez al empiezo otro movimiento principian a hacer rogativa adorar al Señor Dios, lanzando aloja fina como forma de llovizna, con pastitos fino y tiernos sujetos con los dedos, ese el Nillatum, con palabras voz altas todo todo hacia para el cielo, con abundante palabras, toda toda significativa a suplicar a Dios, a un sólo sentido. Siempre primer lugar todas personas mayores de edad bien desenvuelto para suplicar a

Dios, piden diprentes (diferentes) o solicitan benefactores y porvenir, toda providencia, para común bienestar general. Ese la Religión autóctona, Sud americana, y araucana.

« Asistencia: abundante comidas, abundante aloja, todo en orden y respeto. De cuando termina la súplica y se ponen a bailar y vueltas de los colihues alineada, hombres y mujeres, niños y niñas.

« Armonizan: con instrumentos músicos nativos, el Pifulca, ese forma de pito, suena muy bonito, el Trutruca, ese el cornetón largo; el Cultrum, algunas flautas, corneta nativa, etc.

« Duración de la fiesta Nillatum-Camaruco. El Nillatum quiñe ligüen: dura de la mañana hasta la dose del día.

« El Nillatum quiñe gumañ: dura veinte y cuatro horas.

« El Nillatum o Camaruco: dura cuarenta y ocho horas.

« Para finalizar: hacer mismo movimiento así como empezó de un principio para despachar el cargo o quitarle el cargo de las personas que cabalgaba esos caballos alazán y el blanco, al mismo tiempo lo ponen en fin desensillan los dos caballos y lo sueltan del todo con aplauzos fuerte.

« Despedida de los invitados duran horas, horas, con largamente hablar, refiriéndose por respectos de la fiesta realizada.

« En el período Nillatum, se designa una persona que se llama Sargento, ese el Director de todo los movimientos que se hace, que sepa mandar y ordenar, ese el ayudante del jefe principal del Nillatum, y tiene que ser parlamentario.

« El que toca el tambor o cultrúm, siempre señora anciana y práctica, es una profesora para esa religión nativa, es gran cantante y diferentes canciones, lo canta; yo he observado todas son canciones espirituales, misteriosa, todo a rumbo de invocar a Dios misericordioso, esa señora ilustrada o Reina en esa Religión ».

Firmado: ANTONIO ÑANCULEF ».

Ceremoniales parecidos a los descriptos por *Payllalef*, por *Ñanculef*, etc., se han practicado también en el sud mendocino, según me lo han referido *Manquel*, fallecida a los 115 años, o bien doña Luisa *Yanquinado* de la localidad de El Manzano (Malalhue). Pero, además, existen en el sudeste de San Juan y nordeste de Mendoza (Lagunas del Rosario), varios topónimos conocidos por « Puerta Camarico », « Punta Camarico », etc. y en cuya región viejos

laguneros me han informado de que allí se realizaban antiguamente fiestas de varios días de duración, motivos por el cual habría quedado consagrado como un recuerdo, el topónimo de referencia, según lo expresé hace algunos años ([5]).

([5]) C. RUSCONI, « El topónimo Camarico y su vinculación a una costumbre araucana », en *Los Andes*, Mendoza, agosto 21 de 1944.

SOCIEDAD CIENTIFICA ARGENTINA

ACTO CONMEMORATIVO DEL 78º ANIVERSARIO DE SU FUNDACION

HOMENAJE AL LIBERTADOR, GENERAL SAN MARTIN

El 28 de julio la Sociedad Científica Argentina realizó, en el gran salón « Florentino Ameghino » de la sede social, el acto público recordatorio del 78º aniversario de su fundación.

Por acertada resolución de la Junta Directiva, este acto fué dedicado a rendir homenaje al Libertador, General San Martín, en el año del centenario de su fallecimiento. Tan patriótica finalidad confirió a la reunión un especial significado y un relieve que la destaca entre las que año a año se han venido celebrando en ocasión de los sucesivos aniversarios de la Sociedad.

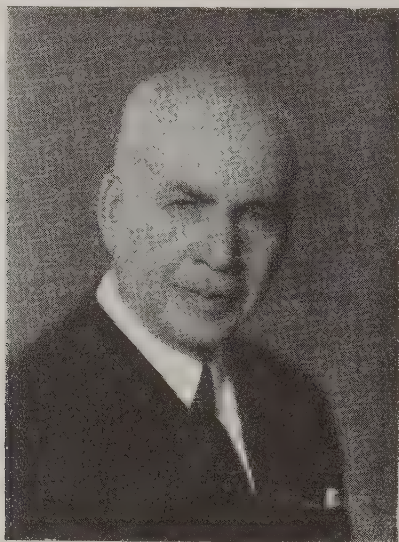
En un pasaje del discurso de apertura, el Presidente, doctor ingeniero Eduardo M. Huergo, recordó la importancia que el General San Martín atribuía al cultivo de la inteligencia y algunos de los gestos que durante su vida subrayaron esa inclinación de su espíritu. Recuerdo por cierto muy oportuno, pues él trajo a la fiesta, y quedó allí como flotando en el ambiente, un motivo — de los muchos que cimentan la veneración que debemos al General San Martín —, especialmente vinculado a los afanes que la Sociedad Científica Argentina ha alentado durante 78 años y sigue alentando con tesón.

La inspiración patriótica, polarizada esta vez en la figura más grande de la Historia Argentina, dominó, pues, a lo largo de todo el transcurso de la celebración.

En conceptuosos términos expresaron telegráficamente su adhesión a los festejos, el Excmo. señor Presidente de la Nación, General de División Juan Perón y el Excmo. señor Ministro de Defensa Nacional, General de División José H. Sosa Molina; por nota lo hizo el Excmo. señor Ministro de Hacienda, doctor Ramón A. Cereijo.

La nutrida y selecta concurrencia — entre la que se encontraban representantes del Excmo. señor Ministro de Ejército, del señor Decano de la Facultad de Ciencias Médicas, del señor Director General de Fabricaciones Militares, de la Dirección General del Material Naval y de las numerosas instituciones científicas que el Presidente de la Sociedad mencionó en su discurso — evidenció con su presencia, con su aguzada atención a la palabra de los oradores y con sus aplausos, su devoción al prócer y su estímulo a la Sociedad Científica Argentina, promotora tenaz del cultivo y difusión de las ciencias.

El discurso del doctor ingeniero Huergo, la versión de las palabras improvisadas por el Vicealmirante Segundo R. Storni y el resumen de la conferencia pronunciada por el doctor Enrique de



Vicealmirante Segundo R. Storni

Gandía, se publican más adelante y ello abrevia la tarea de referir los detalles del acto.

Diremos, sí, que el Vicealmirante Storni, conspícuo asociado y destacado marino y hombre público, recibió con visible emoción la medalla que la Sociedad Científica otorga a las personas que cum-

plen cuarenta años como socio activo de la institución. La concurrencia le manifestó en esta oportunidad su simpatía con insistentes aplausos.

Publicamos una fotografía del Vicealmirante Storni y creemos interesante agregar que hasta la fecha han recibido iguales medallas los siguientes socios:

1935: Ing. Juan F. Sarhy, Ing. Rufino Varela, Ing. Sebastián Ghigliazza, Ing. Juan Rospide, Ing. Enrique Chanourdie, Ing. Julio Labarthe, Dr. Claro C. Dassen, Ing. Carlos Paquet, Ing. Mauricio Durrieu, Ing. Domingo Selva y Gral. Ing. Arturo M. Lugones.
1938: Ing. Juan Roffo, Tte. Gral. Luis J. Dellepiane, Ing. Benito Mamberto, Ing. Gustavo Otamendi, Ing. Carlos Gradín, Ing. Eduardo Latzina, Ing. Alberto J. Fernández, Ing. Guillermo E. Cock, Dr. Marcelino Herrera Vegas, Dr. Juan A. Domínguez, Ing. Cayetano A. Bonnani e Ing. Alfredo E. Oliveri.
1940: Ing. Agustín Mercau, Ing. Manuel J. Arce, Arq. Bartolomé M. Raffo, Ing. Carlos Wauters, Ing. Ricardo J. Gutiérrez e Ing. Francisco A. Mermoz.
1942: Ing. Luis Duhau, Ing. Evaristo V. Moreno e Ing. Guillermo J. White.
1943: Ing. Nicolás Besio Moreno, Ing. Enrique Marcó del Pont e Ing. Humberto Canale.
1944: Ing. Jorge W. Dobranich, Ing. Juan José Carabelli, Ing. Rodolfo Santángelo e Ing. Arturo Hoyo.
1945: Ing. Enrique M. Hermitte.
1948: Ing. Edmundo Parodi, Ing. Pedro Torre Bertucci e Ing. Augusto Fernández Díaz.
1950: Vicealmirante Segundo R. Storni.

La conferencia del doctor de Gandía sobre « La Gloria de San Martín, sus bases históricas y políticas », resultó sumamente interesante, como estaba previsto en razón del tema y del prestigio del conferenciante. Los aplausos que se escucharon al final y en ocasión de algunos de los pasajes más salientes testimoniaron la entusiasta aprobación del auditorio.

Terminada la reunión pública se efectuó una comida de camaradería a la que asistieron los miembros de las Juntas Directivas entrante y saliente, el Vicealmirante Storni y el Dr. de Gandía en carácter de invitados de honor, el Director de estos *Anales*, etc.

PALABRAS DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD CIENTIFICA ARGENTINA, ING. DR. EDUARDO M. HUERGO

Señoras, Señores:

Claramente me consta que para quienes me precedieron en la conducción de la Sociedad Científica Argentina fué siempre motivo de satisfacción plena hacer referencia en acto público al nuevo año que se agregaba a los que ésta tenía ya de existencia.

Yo no soy excepción a tal sentimiento y con todo lo que él pueda magnificarse por los 78 años de su vida que hoy debemos recordar, os dirijo estas breves palabras que pretendo interpreten mi sentir y el de la Junta Directiva en tan gratas circunstancias.

Pero hemos decidido, además, que esta oportunidad, de por sí tan trascendente para nosotros, sea digno marco —el mejor que podamos ofrecer— al homenaje que la Sociedad tributa al Libertador, General D. José de San Martín, en este año del Centenario de su nacimiento para la Inmortalidad.

Fuera pueril de mi parte intentar siquiera una reseña de cuanto la Sociedad Científica Argentina ha significado en todo momento como estímulo y fomento de tal clase de actividades en nuestra patria; en ocasión semejante a ésta, hubo ya quien con especial acierto logró hacerlo en forma difícil de superar.

Pero conceptúo particularmente propicio este momento, para hacer referencia a lo que en el espíritu de San Martín representó el cultivo del saber.

Este hombre extraordinario que, con la enceguecedora luminosidad de su breve trayectoria en el cielo americano proyecta su luz potente hasta lo más recóndito del ámbito de nuestra historia, comprendía bien la importancia de cultivar la inteligencia, y lo que ello implicaba en el desarrollo de los nuevos pueblos.

Así, ante la donación de 10.000 pesos que posteriormente al triunfo de Chacabuco le fuera acordada por el Cabildo de Santiago de Chile para contribuir a sus gastos de traslado a Buenos Aires, San Martín, con aquel desinterés y desprendimiento que conforman una de las más acentuadas facetas morales que le reconoce la posteridad, rehusa el obsequio y destina el dinero a la fundación de una biblioteca pública que perpetúe, no su memoria, sino la de la Municipalidad, subrayando su acto con estas sencillas y

hermosas palabras: « La ilustración y el fomento de las letras es la llave maestra que abre las puertas de la abundancia y hace felices a los pueblos ».

Pocos años después, en agosto de 1821, funda en Lima la Biblioteca Nacional, y entre los libros que por doneación integraron los primeros 1500 que recibieron aquellos anaqueles, se cuentan en primera línea los que entregó San Martín de su colección particular, ratificando así, con otro hecho trascendente, cuanto expresara en la oportunidad antes referida.

Queda uno perplejo ante la vastedad de miras de nuestro prócer, quien, no obstante, las intrincadísimas dificultades de una campaña por tierras hostiles, erizada de sorpresas, no pierde ocasión para demostrar ante pueblo y autoridades su preocupación constante por asegurar el fomento del saber.

Señalemos en este punto con máxima complacencia que, en retribución de tan inestimable cualidad, la Sociedad Científica Argentina puede hoy ofrecer a la memoria del Gran Capitán el reconocimiento que de sus virtudes hacen varias de las más importantes entidades científicas del país.

Es para nosotros muy grato contar en este día con la adhesión absolutamente espontánea de las siguientes prestigiosas Sociedades: Asociación Bioquímica Argentina, Asociación Farmacéutica y Bioquímica Argentina, Asociación Argentina de Ciencias Naturales, Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias, Sociedad Argentina de Agronomía, Sociedad Argentina de Antropología, Sociedad Argentina de Botánica, Sociedad Argentina de Estudios Geográficos « GAEA », Sociedad Entomológica Argentina, Sociedad Ornitológica del Plata. Todas ellas están representadas en este acto por destacados miembros que toman con profunda unción su parte en el homenaje que tributamos al Vencedor de los Andes.

Y nosotros, materializando éste en la forma más trascendente, hemos dispuesto que uno de nuestros consocios, el eminente historiador Dr. Enrique de Gandía nos refiera, con la ponderada versación que posee, la inmarcesible gloria del Libertador.

¡ Quiera San Martín desde la inmortalidad recibir propicio esta ofrenda de compatriotas que tratan día a día de conservar lo que con tanto sacrificio nos legara !

Como en ocasiones análogas la Sociedad Científica Argentina cumple hoy la ritual entrega de medallas conmemorativas a los socios que sin desmayos la han acompañado como tales durante no menos de 40 años.

Corresponde otorgar esta recompensa al almirante en retiro Don Segundo R. Storni, quien desde el año 1909 ha proporcionado constante y eficaz apoyo a la obra de nuestra Sociedad.

Este distinguido marino que nació en Tucumán en el año 1876, ha tenido una destacadísima actuación en la Institución Armada, a la que consagró su vida. Comandante de Buques, de divisiones, de escuadras, profesor en la Escuela Naval y en la Superior para Oficiales, Director del Instituto donde se forman los gallardos oficiales de nuestra Marina de Guerra, así como de la Escuela donde perfeccionan su preparación, Jefe de la Secretaría del Ministerio de Marina, Jefe del Estado Mayor General de la Marina, en dos largos períodos, Director General del Material, Jefe de la Comisión Hidrográfica del Litoral Marítimo, miembro de Comisiones Navales en Europa y Estados Unidos, Asesor de la Delegación Argentina a la Quinta Conferencia Panamericana de Santiago de Chile (1923), Delegado Argentino a la Conferencia Comercial Panamericana de Buenos Aires (1933), Comandante de la Escuadra que acompañó al Presidente de la Nación en su visita al Brasil (1933), Miembro fundador del Instituto Oceanográfico Argentino, así como de la rama Argentina de la Internacional Law Association, transformada posteriormente por su iniciativa en el Instituto Argentino de Derecho Internacional, Ministro de Relaciones Exteriores (1943), fué siempre un espíritu inquieto a quien absorbieron las cuestiones científicas relacionadas con el Derecho Internacional y con las Ciencias Navales cuyos conocimientos se han considerado siempre entre los de quienes más completa información poseen sobre estos temas.

Ya en 1908, al plantearse la posibilidad de reunir un Congreso Científico en la Argentina, atendiendo a sus relevantes condiciones fué designado Secretario del Comité, a propuesta del Presidente Contra-Almirante Manuel J. García, quien no obstante la juventud y grado del entonces teniente de navío Storni, consideró que nadie podía ser colaborador más eficiente que el destacado oficial. Por enfermedad del Contra-Almirante García, Storni fué designado su representante directo en las reuniones de aquella recordada comi-

sión organizadora, donde al lado de hombres tan respetados como Florentino Ameghino, Luis A. Huergo, Norberto Piñeiro, Santiago Barabino, dió muestras de su calidad y de sus inquietudes. Fué entonces cuando cediendo a impulsos que en él desbordaban, ingresó a la Sociedad Científica Argentina, no obstante que en ese mismo momento, el Superior Gobierno le destinara a los Estados Unidos con motivo de la construcción de los acorazados Rivadavia y Moreno.

Y en ocasión de ser posteriormente Jefe de la Comisión Hidrográfica del Litoral Bonaerense, con clara visión y espíritu científico, requirió la cooperación del Museo de Historia Natural de la Nación y del Museo de Historia Natural de La Plata, para la organización de trabajos oceanográficos de innegable trascendencia.

Entonces, por esta feliz conjunción, actuaron a su lado los Sres. Doello Jurado, Marelli, Holmberg, Kantoz. Y, como consecuencia de esta inestimable acción, quedó trabada una estrecha amistad con nuestro siempre recordado consocio y Director del Museo de Hisria Natural, Dr. Angel Gallardo.

Vemos, pues, que la fecunda vida del Almirante Storni ha sido pródiga en impulsos beneficiosos para el desarrollo de las cienaias de nuestro país y el acto puramente formal de la entrega de una medalla al socio constante, desborda en este caso de cuanto tenga de protocolar, para convertirse en reconocimiento público de una acción que ha sido altamente provechosa para la patria.

Almirante Storni: Que esta medalla que pongo en vuestras manos por intermedio de las disposiciones estatutarias de nuestra Sociedad sea clara muestra ante familiares y amigos de lo que puede una noble vida consagrada sin desmayo al fomento de la Ciencia.

No voy a hacer la presentación de este conferenciante, quien ya en varias oportunidades ha ocupado este estrado, ni destacar sus méritos para ocupar nuestra tribuna en esta importante ocasión, porque no la necesita. El Dr. Enrique de Gandía, que lleva en su sangre la herencia de la tenacidad de la raza vasca, se dedicó desde joven a la literatura y a los estudios históricos y artísticos, consagrando su vida a esos ideales suyos como lo prueban los treinta libros que ha publicado, aparte de folletos, innumerables artículos y conferencias.

Es en la historia sudamericana, en particular, que ha buceado profundamente y en la que se ha mostrado como uno de los historiadores más fecundos. No es de extrañar, pues, que por derecho propio pertenezca a las Academias Nacionales de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas, y sea miembro correspondiente u honorario de todas las Instituciones oficiales de historia de América.

Es, asimismo, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid y de otras academias de España, Portugal e Italia.

Es Presidente del Instituto Histórico de la Independencia Americana, del Instituto Argentino de Historia de las Ideas, del Instituto Argentino de Crítica Literaria, Vicepresidente de la Sociedad Boliviana del Instituto Americano de Estudios Económicos y Sociales, y de otras Instituciones.

Ha sido, además, uno de los fundadores del Instituto Sanmartiniano, ex-presidente del Instituto Belgraniano y co-fundador de la Asociación Argentina de Estudios Históricos y del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades cuya presidencia también ejerce.

Y aun podría agregar otros títulos y altos desempeños del Dr. Gandía, los que, sin embargo, no entro a detallar ante el afán de oirlo cuanto antes.

Dr. Gandía: Habladnos de la gloria de nuestro héroe máximo, descubridnos las facetas de su fundamentos históricos y políticos, llevadnos por los senderos de la prolija investigación a que nos tenéis acostumbrados, y que vuestra disertación sea el broche de oro que dignamente cierre esta reunión a la que la Sociedad Científica Argentina, por mi intermedio, le consagra todo el prestigio que ha adquirido en sus largos 78 años de continua y callada labor en pro del saber humano.

PALABRAS DEL VICEALMIRANTE SEGUNDO R. STORNI, AL RECIBIR LA MEDALLA DE MANOS DEL SEÑOR PRESIDENTE

Quiero expresar mi agradecimiento por el insigne honor que recibo con esta medalla, que consagra mis cuarenta años de constancia, como socio activo de nuestra benemérita Sociedad.

Es para mí también motivo de intensa emoción, que la suerte me haya deparado la oportunidad de asistir, en la misma ocasión,

al homenaje que la Sociedad Científica Argentina, en unión con varias otras asociaciones similares, rinde en este día al Libertador General José de San Martín.

Por esto expresaré dos ideas síntesis, que se han preentado a mi espíritu, al contemplar el grandioso movimiento nacional que a todos nos embarga: la primera, que evidentemente, San Martín es el prócer que más ha obligado la gratitud de su pueblo; la segunda, al constatar la unanimidad y entusiasmo con que todos los argentinos, de un extremo al otro del país, se inclinan reverentes ante la memoria del héroe, es la fe que se siente en el porvenir de nuestra patria, pues un pueblo que así reverencia a sus benefactores, será siempre digno de su tradición y de su gloria.

Y, dentro de la marcha ascendente de la Nación, la Sociedad Científica Argentina, sigue con ritmo sostenido, para mantenerse a la altura de sus destinos.

Los que la hemos visto crecer desde sus modestos principios, estamos convencidos de su magnífico porvenir, que en estos tiempos se cimenta más y más, bajo la dirección de nuestro joven y capacitado Presidente, el Ingeniero Huergo.

SECCIÓN CONFERENCIAS

LA GLORIA DE SAN MARTIN: SUS BASES HISTORICAS Y POLITICAS

POR EL DOCTOR

ENRIQUE DE GANDIA

Conferencia pronunciada en la Sociedad Científica Argentina el día 28 de julio de 1950. (Año del Libertador General San Martín).

Acallados los aplausos con que fué recibido el discurso del señor Presidente, el Dr. Enrique de Gandía agradeció, con palabras emocionadas, los conceptos emitidos por el Ingeniero Huergo, y a continuación expresó que explicaría los fundamentos históricos y políticos que hacen de San Martín uno de los hombres más extraordinarios de la humanidad. Aludió a su trascendencia como militar, tan bien estudiada por José Pacífico Otero, Mitre y otros investigadores, y comenzó por analizar las viejas y las modernas concepciones de la historia sanmartiniana. Dijo:

VIEJAS Y MODERNAS INTERPRETACIONES DE LA HISTORIA SANMARTINIANA

La historia de San Martín ha sido interpretada, durante más de un siglo, con un criterio estrecho y una visión opaca. La falta de documentos capitales, que explicasen hechos que hoy conocemos perfectamente, y el sentido romántico con que consideraron muchos problemas los historiadores de la época, hicieron de San Martín un ser grande por la espada y discutible por sus ideas. Su biografía fué colmada de pequeñeces y debilidades, propias de la miopía historiográfica de aquel entonces, y su grandeza quiso fundarse, precisamente, en esas debilidades. Los intérpretes de San Martín tuvieron que falsear verdades, ocultar ideas y hechos grandiosos y exaltar insignificancias, mentir y calumniar a otros héroes. Para levantar su figura se quiso empequeñecer otras figuras. El sistema sirvió

de ejemplo y recibimos un tratamiento idéntico en otros países y con los mismos fines. Las viejas interpretaciones sanmartinianas tenían su origen, como dijimos, en una auténtica ignorancia histórica y en un desconocimiento de la política universal, de las fuerzas que movían el mundo y de las verdaderas ideas de San Martín. Era una historia que avanzaba a ciegas, guiada, únicamente, por detalles exteriores, por los pasos de un peregrino cuyos ideales y cuyos fines se desconocían. Los estudiosos se conformaban con la biografía cronológica, de nombramientos y episodios, de anécdotas y de uniformes. Una respuesta graciosa o acertada tenía más valor que un plan de política internacional. Una carga de caballería era inmortalizada en cuadros de museo y tapas de cuadernos. Una máxima era aprendida de memoria y puesta como epígrafe en muchos libros. Nadie sabía lo que había en el alma de San Martín, pero todo el mundo repetía lo que había contestado a una vieja o dicho a un centinela. Historia para niños escrita por estudiosos que creían ser serios. Visión microscópica de los problemas y de las inquietudes. Resultaba más cómoda y, sobre todo, entretenida, esa historia de almanaque, efemeridológica, que reducía, con un desprecio absoluto de la historia superior, la auténtica historia de San Martín a los límites estrechos y a la comprensión liliputiense de la época en que era escrita y de los cerebros que la escribían. Esa historia de enanos espirituales, que sólo hacía ruido porque tenía salvas de pólvora y gustaba a los niños que jugaban a la guerra, no ha muerto ni morirá en largos años. La cultivan, con fruición de miopes que se contentan con una letra, los historiadores que han aprendido una lección y se irritan si se les dice que, a sus años, deben aprender otra. La defienden con argumentos falsos y la venganza del descrédito o del silencio, esos diarios que tienen por misión mantener despierto el culto de ciertas tradiciones. Hoy ven la auténtica historia sanmartiniana los críticos que desprecian los dogmas de otros tiempos y comienzan a estudiar, sobre viejas y nuevas fuentes, como si todo lo hecho no existiese. La lucha que se entabla, como consecuencia lógica, entre los defensores de equivocaciones y falsedades convertidas en principios biográficos insubstituibles y quienes rompen con esa tradición empequeñecedora y eternamente en pugna con mil verdades, es dura y a veces cruel. Están en juego reputaciones, tiemblan muchas estatuas y desaparecen ciertas autoridades de maestros para dejar su lugar a otras autoridades. Es humano que

tantos historiadores prefieran acudir a cualquier procedimiento con tal de defender su palabra; que los miembros de ciertas sociedades se unan y combatan a quien destruye sus fundamentos, y las publicaciones que han sostenido, durante años y años, ciertas supuestas verdades se nieguen a declarar, de pronto, que todo cuanto han dicho es una inmensa mentira o un triste error. La conspiración del silencio cae sobre los innovadores. La mala fe es el primer argumento con que se les ataca. El desdén olímpico, de los que se saben derrotados, es otro recurso para no entrar en polémicas. Los sofismas más elementales son puestos en juego con la desesperación de los humillados. Quienes tienen la verdad, por hallarse en papeles en otros tiempos desconocidos, siguen su camino, tranquilos y firmes. Nuevas generaciones vendrán que, sin prejuicios de partidos ni de herencias, sabrán elegir lo justo y lo verdadero y abandonar, para siempre, lo errado y lo falso.

El empequeñecimiento oficial de San Martín aparece, tristemente, en la mayoría de los textos. Las obras serias también lo cultivan, con delectación de eruditos, y documentan, hasta lo indecible, teorías que, de ser ciertas, convertirían en una seminulidad al más grande de nuestros héroes. Pocos ejemplos nos darán una idea de esta falsa visión y de esta inmensa injusticia. Todos los manuales refieren que San Martín combatió en España fielmente a las órdenes de los generales que obedecían a Fernando VII, en contra de los franceses, como enemigo de Napoleón. Ello es exacto; pero los manuales no dicen que San Martín advirtió, también, que Fernando VII no era un rey verdaderamente liberal, de ideas constitucionales, y sobre el cual pudiese fundarse un imperio democrático, liberal y constitucional como ansiaba el partido liberal español y americano al que pertenecía nuestro héroe. Nos dicen que combatió contra los franceses, con grandes actos de heroismo, y nada más. Nosotros podemos asegurar que San Martín fué el político más sagaz de su tiempo, que fué el único, entre los partidarios y enemigos de Fernando VII, que tuvo la intuición genial y maravillosa de saber que Fernando VII iba a defraudar a los liberales y tradicionalistas que lo sostenían. Mientras todos los hombres de España y de América defendían o combatían a Fernando, por desear su continuación en el mando o pretender que España aceptase al rey José Bonaparte o América fuese un protectorado inglés o francés, San Martín se daba cuenta que

el único destino que esperaba a América era el de su independencia. En otros términos: San Martín leyó el futuro, proféticamente, sin equivocarse, de un modo exactísimo, que la historia ha confirmado en los más mínimos detalles. San Martín fué el único político de su tiempo que vió claro en la lejanía, el único que comprendió que era inútil basar esperanzas en Fernando VII y el único que pensó en la independencia de América como una salvación de la humanidad y el cambio político más transcendental de toda la historia del mundo. No olvidemos ni ocultemos que al otro lado del Océano aun hoy no faltan historiadores que ven a San Martín como a un traidor. Visto, en cambio, como político que adivina, como precursor asombroso, el futuro de América y comienza a trabajar por ese destino, San Martín no sólo no es un traidor, sino el político más genial de su tiempo y el primer constructor de la independencia americana.

Las biografías de San Martín no dicen que perteneciera a partido político alguno. Según estas biografías, San Martín era un hombre que no tenía partido. Un político sin partido político. Unas hablan de su masonería y otras quieren negar que era masón. El sectarismo, de uno y otro bando, afirma y niega con vehemencia. Hoy no puede volver a sostenerse, como se ha hecho hasta hace poco tiempo, que San Martín no era masón. San Martín pertenecía a la masonería, desde largo tiempo, como la gran mayoría de los militares españoles y americanos y casi todos los políticos liberales de aquellos años. Este particular, que para cierta gente, de criterio minúsculo, tiene una importancia vital, ya no interesa. Las memorias del general Tomás de Iriarte y las investigaciones críticas de estos últimos años han desvanecido todas las dudas. Lo que faltaba decir era que San Martín pertenecía al partido liberal y americano. Cuando se dirigía a los pueblos, para incitarlos a la lucha, les hablaba del partido liberal, del sistema liberal, de los ideales liberales. Todos ellos formaban un conjunto político y doctrinario que los historiadores han olvidado y que entonces dirigía todos los pasos de nuestra política. No faltaban en ningún documento oficial de nuestra historia. Más aún: en las cartas de ciudadanía que se otorgaban a extranjeros se dejaba expresa constancia que Fulano de Tal era reconocido ciudadano de las Provincias Unidas en la América del Sur « por haber adherido al partido liberal ». Sin esta adhesión al partido liberal no se podía

ser ciudadano de nuestra Patria ni de América. Liberal y americano se habían hechos sinónimos.

Los autores que relatan la vida de San Martín ignoran la vinculación política que existió entre Napoleón y San Martín. La ignoran y no la conciben. Algunos, más audaces e ignorantes, se indignan de que se hable de tal cosa. Tantos ilustres profesores no saben, a medias, que Napoleón puede ser considerado como el primer precursor o el fundador de la independencia americana. Napoleón trabajó fuertemente por la independencia de la América española com lo demuestran las gestiones de su embajador en Washington y los emisarios, de diversas nacionalidades, que envió a distintas partes de América con el único fin de hacer propaganda por la independencia. Napoleón tenía partidarios, en el Nuevo Mundo, que deseaban verlo convertido en protector de la América española o aceptaban el reinado de su hermano José I Bonaparte. Esto era un poco traición a la nacionalidad española, un poco entrega, servilismo, hundimiento de todos los ideales. San Martín no fué de estos hombres. San Martín, como dijimos, fué el primer político de su tiempo que tuvo la intuición y seguridad de que Fernando VII no iba a conceder ningún régimen constitucional al Nuevo Mundo y que la única solución, para extender e imponer el liberalismo en toda América, era conseguir su independencia. Para ello se puso de acuerdo con el edecán del mariscal Víctor y aceptó la propuesta de pasar a América, vía Londres —único camino en esos momentos posible— para luchar por la libertad. San Martín es, en consecuencia, el hombre que pone en práctica, que realiza, el gran ensueño y extraordinario proyecto de Napoleón de cambiar el aspecto de la tierra, de transformar América, inmensa posesión española, en una o varias naciones independientes. Es la misión más audaz, más sorprendente, más maravillosa. Ningún otro hombre, jamás, tuvo la misión de hacer la independencia de una tierra más grande que toda Europa, de convertir en una nación una de las cuatro partes del mundo. Las biografías corrientes de San Martín nos refieren, idiotamente, que volvió a América, desde España, donde tenía un alto grado militar, por nostalgias del perfumado Yapeyú. Además agregan el viejo cuento de que huyó disfrazado con la complicidad de un lord inglés y otras majaderías. San Martín, por tanto, traicionaba al ejército español, abandonaba una carrera y partía hacia destinos desconocidos por nostalgias

de un pueblo lejano que nunca se preocupó de visitar. Es preciso reaccionar contra estas candideces que se repiten sin darse cuenta de los graves cargos que acumulan sobre San Martín y sirven de base, a muchos historiadores ignorantes o de mala fe, del extranjero, para herir a San Martín en lo más sagrado y en lo más hondo de su honor. San Martín no vino a América por nostalgias de una aldea de indios que no veía desde su niñez. Llegó a Buenos Aires con la misión más grande que hombre alguno haya tenido jamás en la historia del mundo. Hay una diferencia entre el militar que abandona la Patria de sus padres para combatir contra el ejército del cual forma parte, sin ninguna razón, y el político que trae el proyecto más extraordinario que jamás se haya imaginado. San Martín se coloca, en la historia del mundo, al lado de Napoleón. Es el hombre que lleva a la práctica sus proyectos de dar la independencia a América. San Martín logró lo que Napoleón, por si solo, no pudo conseguir. Lo que no logró Napoleón lo alcanzó San Martín.

Todas las historias nos cuentan que, en Buenos Aires, San Martín fundó una logia de masones que, para ciertos historiadores, no eran masones, sino conspiradores disfrazados de masones, y se dedicó a crear un pequeño cuerpo de granaderos. San Martín hizo, por tanto, un viaje tan largo para conspirar en una logia improvisada y formar un pequeño cuerpo de granaderos. No se explica, de acuerdo con estas ingenuidades, por qué San Martín no siguió conspirando en las logias de la Península y mandando los miles de hombres que estaban a sus órdenes. Los nuevos documentos dados a conocer por nosotros nos explican estas y otras incongruencias. Ahora sabemos que San Martín no vino a Buenos Aires para conversar en una logia y formar un pequeño cuerpo de granaderos, sino para dar la independencia a toda América. Es algo muy distinto e infinitamente superior. La gloria de San Martín tiene otros fundamentos. San Martín y sus amigos liberales prepararon una conspiración que el Gobierno creyó hecha por don Martín de Alzaga y otros españoles, y después que los gobernantes se hubieron cansado de fusilar y ahorcar a cuarenta inocentes, la conspiración estalló el 8 de octubre de 1812 y dió por tierra con unos hombres que sólo gobernaban despóticamente.

La conspiración y revolución de San Martín, del mes de octubre de 1812, no habría tenido otros propósitos, según sus biógrafos más

devotos, que los de cambiar un gobierno por otro. Bonita manera de hacer política democrática y liberal. San Martín, además, no habría traído ninguna idea nueva a Buenos Aires. El ideal de la independencia anidaba entre nosotros, según estos biógrafos, desde el 25 de mayo de 1810. San Martín, a lo sumo, habría tratado de llevar adelante los ideales de Mayo. Era un continuador, un hombre que había hecho un viaje y abandonado un porvenir para conspirar en una logia, hacer una revolución y ocupar un buen puesto, como si nunca hubiera disfrutado de puestos más elevados. Nadie, absolutamente, nadie, adjudica a San Martín la idea primera de nuestra independencia y libertad. Esta idea habría sido de Moreno, de Saavedra y otra mucha gente antes que de San Martín.

La nueva historia crítica e ideológica de nuestra Patria sabe perfectamente que el 22 y 25 de Mayo de 1810 no se pensó en absoluto en la independencia de esta parte de América. Los historiadores comunes enseñan desde sus cátedras que los integrantes de la primera y segunda Junta de Mayo eran todos unos traidores, cínicos, hipócritas y perjuros, que juraron sobre los Evangelios conservar estas tierras para Fernando VII, hasta que regresase de su cautiverio, y que interiormente tenían todos el avieso propósito de engañarlo y de hacer todo lo contrario. Nuestra independencia, según estos autores, se había fundado sobre la mentira, la falsedad y la ignominia. No somos rosistas ni compartimos, en absoluto, los ideales absolutistas del tirano argentino, cuyo cultivo de los bloqueos, para mantenerse en el poder y justificar el estado de terror, combatiremos siempre; pero reconocemos que su interpretación del 25 de Mayo es la más exacta de nuestra historia y que su primo, Tomás de Anchorena, fué otro conocedor exactísimo de la verdad del mes de Mayo. No hubo entonces ninguna idea de independencia, sino de fidelidad a Fernando VII. No fué aquel movimiento una revolución ni, menos, como creen ciertos inocentes, una revolución en contra de España. Fué un acto ferviente de adhesión a España y al rey Fernando. El autor de la idea de reunir al pueblo en un Cabildo fué, en aquellos días, el virrey don Baltasar Hidalgo de Cisneros y así lo expresó al pueblo en grandes bandos. El sistema de gobierno adoptado fué el propuesto, desde tiempo atrás, 1808, por don Martín de Alzaga y el primer presidente de los argentinos fué el último virrey del Río de la Plata, el propio Cisneros. Estas verdades no pueden ni deben discutirse. La política

comenzó muy pronto a dividir a los hombres y Cisneros, por influjos de Alzaga, cayó del poder. Circustancias especiales pusieron en su lugar a Saavedra y así siguió la historia; pero, hasta la llegada de San Martín, en 1812, nadie había pensado, realmente, en una posible independencia porque no era lógico pensar, en esos años, en independencias cuando todos los esfuerzos tendían, precisamente, a mantener unido el imperio frente a Napoleón y a los ataques exteriores, a la ambición de la infanta Carlota Joaquina y a un posible protectorado de Gran Bretaña. Sólo San Martín y sus amigos Alvear, Holmberg y Zapiola, tenían y habían traído, la idea napoleónica de la independencia del Nuevo Mundo y trabajaban por ella, hondamente, con fuerza e ilusión. San Martín es el hombre que trae la idea de nuestra transformación en un nuevo Estado y cambia, radicalmente, la historia argentina.

En efecto: no bien San Martín derribó al llamado Triunvirato comienzan los nuevos planes de reformas. La Asamblea de 1813 asombró a muchos historiadores por sus resoluciones audaces, todas de carácter liberal, a menudo simples copias o repeticiones de lo resuelto en Cádiz en las Cortes del año anterior de 1812. Lo indudable es que la inquisición fué suprimida, que los instrumentos de tortura fueron destruídos, que se declaró la libertad de los hijos de esclavos, que se quitaron las efigies de los reyes, etc. Todo esto se debe a la venida de San Martín y de sus amigos. La historia argentina deja de ser una lucha civil, entre los partidarios del sistema de las Juntas o gobiernos locales, que reconocían a Fernando VII, y los partidarios del Consejo de Regencia que, desde Cádiz, pretendía mandar, ilegalmente, sobre toda América a nombre del mismo rey, y se convierte en una lucha por la libertad. Desde ese instante, nuestra historia tuvo un sentido, un ideal, un fin. San Martín fué el autor directo de este cambio profundo, de esta nueva marcha de nuestra historia. Los manuales para niños y las obras especializadas callan, sistemáticamente, la influencia de San Martín en todos estos hechos.

No hay un solo autor argentino que diga que las promesas hechas por los hombres de Mayo, de conservar estas tierras para Fernando VII y devolverlas no bien recuperase el trono, fueron cumplidas por nuestros gobernantes. Nos dejan encima esta mancha, esta traición, este incumplimiento que, por suerte, no existió. Los gobernantes argentinos cumplieron siempre con los compromisos de la

Patria. Rivadavia, Belgrano y Sarratea fueron a Londres para ofrecer, desde allí, estas tierras a los viejos reyes de España o a algún miembro de la famila real, a cambio de un régimen de gobierno autónomo y constitucional. Nos interesaba la libertad. No nos interesaba romper el imperio más grande del mundo. No es cierto que hayamos hecho la independencia por odios de razas ni bajos intereses de comerciantes. Estas calumnias pueden seguir enseñándose a pobres niños, pero nosotros no las repetiremos. Rivadavia, Belgrano y Sarratea escribieron a los viejos reyes cartas que los historiadores de hoy tratan de ocultar o de silenciar. Cuando no les es posible pasarlas por alto, las explican como simulaciones. Siempre el recurso de calumniar a nuestros próceres, presentándolos como embusteros y falsos, con tal de salvar sus teorías históricas equivocadas. No importa hundir la honradez de un Padre de la Patria. Lo que importa, y se hace, es salvar la autoridad de un historiador momificado. La verdad es transparente. Los viejos reyes de España no admitieron ninguna concesión de carácter liberal. Eran absolutistas y querían el gobierno total y despótico del Nuevo Mundo. Por otra parte, las armas absolutistas habían dominado casi toda América. Sólo faltaban las pobres y olvidadas provincias del Río de la Plata y del Norte del Virreinato. Se trataba de tierras que caerían de un momento a otro y la lucha de los liberales americanos habría terminado para siempre. Muy poco es lo que dice la mayoría de las historias acerca de la intervención de San Martín en estos sucesos. Nosotros decimos, en cambio, que fué gracias a San Martín que los hombres reunidos en Tucumán declararon la independencia el 9 de Julio de 1816. Los proyectos de Napoleón y los ideales de San Martín habían triunfado. Cuatro años bastaron a San Martín para convertir en una realidad el sueño político más transcendental de la historia moderna y de la historia del mundo. Porque es bien saber que los historiadores, pseudopatriotas, que relatan estos hechos, nos dicen que el 9 de Julio de 1816 fué proclamada la independencia argentina. La escuela y los métodos del empequeñecimiento de nuestra historia y de nuestra grandeza no se detienen, ni por decoro, en este punto, tan enorme, de nuestro pasado. No es cierto que se haya proclamado la independencia argentina el 9 de Julio de 1816. Lo que se proclamó fué la independencia de las Provincias Unidas en la América del Sur. Esto es otra cosa, muy diferente e infinitamente más grande que la inde-

pendencia de una nación. Nosotros proclamamos, antes que ningún otro pueblo, la independencia de toda América. Las Provincias Unidas en la América del Sur eran todas las provincias que corrían desde Río Grande, en México, hasta el Estrecho de Magallanes. Tomamos el nombre español que tenían los Estados Unidos: Provincias Unidas en la América del Norte. Hubo, en 1816, dos naciones libres en el Nuevo Mundo: Provincias Unidas en la América del Norte y las Provincias Unidas en la América del Sur. En la independencia del Norte sobresalió el nombre de Washington. La independencia del Sud se hizo gracias a la influencia de San Martín.

Todos los historiadores de nuestra Patria recuerdan que San Martín quiso servir a las órdenes de Bolívar. Contadísimos son los que saben que también quiso servir a las órdenes de Bernardo O'Higgins con tal de lograr la independencia de Chile. La independencia de América no bastaba proclamarla. Era preciso realizarla. San Martín no tenía ambiciones. Sólo tenía un fin y un ideal. Por ello se ofreció a ser el segundo de O'Higgins con tal de que colaborase en esa lucha tremenda contra los absolutistas españoles y americanos. Tampoco se dice, en muchas historias, que San Martín, no bien logró el triunfo sobre los absolutistas y la independencia de Chile, dejó el gobierno de Chile a los chilenos y pensó en ir más allá: al Perú. Quienes se refieren a sus propósitos de trasladarse al Perú pierden el tiempo en pormenores de la marcha y no se detienen en hechos fundamentalísimos. Unos pocos estudiosos argentinos coincidimos, ahora, frente a las teorías vetustas de una serie de charlatanes, en que San Martín, cuando entró en Lima, convino con la logia que tomaba las grandes decisiones, que su gobierno no duraría más de un año. Un año, repetimos, y no más, debía gobernar San Martín, según sus planes, sus promesas y la logia, en el Perú. Después debía dar, como lo había hecho en Chile con los chilenos, el gobierno del Perú a los peruanos. Y esto es lo que hizo San Martín y lo que niegan los historiadores antisanmartinianos encaramados, para vergüenza nuestra, en algunas instituciones patrióticas. San Martín prometió no gobernar más de un año y cumplió su palabra. Los historiadores antisanmartinianos, no obstante, quieren olvidar esta promesa, perfectamente cumplida por San Martín, y sostener la vieja y calumniosa teoría de que San Martín renunció al mando, en el Perú, por culpa de

Bolívar. También citan, para agravar la calumnia, unas palabras de San Martín en que dijo a Bolívar que él, San Martín, era el único obstáculo que impedía la ida de Bolívar al Perú. Añaden, a tanta inconsciencia, que el viaje de San Martín a Guayaquil tuvo por objeto exclusivo incorporar esa ciudad al Perú y quitársela a Colombia.

Todo esto es sostenido por hombres que parecen serios, que gozan de alguna reputación en los estudios históricos y en cuyas afirmaciones cualquier incauto creería poder confiar. Es la vieja historia, rota en mil pedazos, que aun lucha por mantenerse y sobrevivirse, como un cadáver embalsamado. Estas teorías empequeñecen a San Martín hasta lo indecible. Lo anulan y lo falsean. Lo presentan como a un pigmeo, lleno de vacilaciones, temores y ambiciones frente a Bolívar. Luego, al advertir el poco favor que hacen a San Martín quieren disminuir también a Bolívar y hablan de su egoísmo, de su envidia a San Martín y otras bestialidades. Es siempre la ignorancia que levanta las mentiras, las infamias, las calumnias.

San Martín no fué a Guayaquil para incorporar esta ciudad al Perú. Guayaquil no tenía entonces ninguna importancia: ni militar ni económica ni política. Era una de tantas ciudades en la costa del Pacífico. No se peleaba, entonces, entre americanos, por una ciudad más o menos. Guayaquil no constituía ni podía constituir ningún fin especialísimo para San Martín. Nuestro héroe no iba a abandonar al Perú, transferir el poder a otro gobernante y hacer un viaje de tanto trascendencia para agregar al Perú una ciudad más que insignificante. Esto lo pueden creer los hombres de mentes infantiles, pero no un historiador que se respete. Tampoco fué San Martín tan pusilánime de apresurarse a renunciar porque Bolívar lo miraba con mala cara. No hubo tal odiosidad ni envidia ni nada semejante. Estas son mentiras de polemistas hechas correr muchísimos años después de los sucesos. San Martín no fué ningún obstáculo para que Bolívar entrase en Lima. La verdad es muy diferente. Nosotros la hemos expuesto más de una vez, con los textos en la mano, y vamos a sintetizarla. San Martín preparó el plan de confederación de Perú y de Colombia y de unión de los dos ejércitos para combatir, unidos, a los absolutistas españoles y terminar, cuanto antes, la guerra de la independencia. Pero San Martín, si bien deseaba seguir combatiendo, por

el ideal, único y superior, de la independencia de América, no deseaba, en cambio, seguir gobernando a un pueblo, en gran parte de españoles descontentos, que lo detestaba. Debemos aclarar que no lo detestaban los peruanos, sino la mayoría de los comerciantes españoles que habían debido entregar la casi totalidad de sus fortunas para sostener el ejército libertador. San Martín sabía muy bien cómo se le combatía. Por ello no quiso gobernar más de un año y cuatro meses antes de partir para Guayaquil convino con su ministro de Estado y Relaciones Exteriores, García del Río, encontrarse con Bolívar, regresar a Lima y renunciar ostensiblemente para que no se advirtiese que el paso era forzado. El paso era forzado. Así dice García del Río. Así era. San Martín era un obstáculo, era la causa de una posible guerra civil en el Perú. Por ello no quiso convertirse en déspota o tirano del Perú. San Martín dijo a Alvear y a Iriarte, en Londres, que no quiso seguir gobernando y renunció porque se le cayó el palo de las manos. San Martín no quería usar un palo. Por ello dijo a Bolívar, cuando se encontró con él, que había dejado su renuncia escrita, cerrada en un sobre, en su escritorio, en Lima, y que apenas regresase renunciaría. Así hizo. Y así se ve — y sólo pueden negarlo los autores de mala fe— que Bolívar no fué la causa de la renuncia de San Martín. San Martín renunció porque había llegado el momento de renunciar. Había terminado el año. Lo había prometido a amigos y enemigos. La situación le hacía imposible seguir gobernando. Monteagudo fué apuñaleado por la espalda. Las pasiones hervían. No mientan, quienes estudian estos sucesos, digan la verdad. San Martín les da el ejemplo de no mentir cuando dijo que no gobernaría más de un año y no gobernó, cuando dijo a Bolívar que había dejado su renuncia en Lima y renunció. El proyecto de San Martín, de unir los ejércitos del Perú y de Colombia no se realizó porque Bolívar no podía resolver por sí solo un hecho de tanta trascendencia. Las dos naciones no se unieron entonces ni se unieron posteriormente. Es muy posible que sigan desunidas por los siglos. Ni San Martín ni Bolívar tuvieron la culpa de que fracasara ese intento de unión. Eran los pueblos los que no querían la unión.

Cae deshecha, por tanto, la estúpida leyenda, acariciada por tanto ingenuo, de que San Martín renunció por culpa de Bolívar. Los manuales y las obras superiores no dicen que San Martín y Bolívar fueron amigos inimitables. No hubo en la historia de América

dos amigos más grandes y más nobles que San Martín y Bolívar. Un día supo, San Martín, cuando se hallaba en Europa, que alguien hacía colocar de nuevo sus retratos en todas las oficinas y en todos los lugares de donde sus enemigos lo habían hecho quitar. Ese alguien era Bolívar. Y Bolívar tal vez murió sin saber que San Martín hizo que su hija pintara su retrato e inmediatamente el del hombre a quien él más admiraba: Bolívar. Este retrato de Bolívar, pintado por su hija, San Martín lo tuvo, hasta el instante de su muerte, sobre la cabecera de su cama. Digan, ahora, los críticos si hubo en América dos amigos que más se quisieran que San Martín y Bolívar.

Algunos comentaristas han querido poner de acuerdo a San Martín y a Rivadavia. Hay historiadores que quisieran ver en un Olimpo, amorosamente unidos, a todos los héroes de su agrado, rememorando sus glorias pasadas y bebiendo vino. Pero la historia no encuentra ni en el Olimpo estas uniones tan armoniosas. Los odios, a veces, tienen más fuerza, en el mundo, que todos los amores. San Martín y Rivadavia se detestaron desde el 1812, en que el primero derribó al segundo. Cuando San Martín se instaló en Mendoza, para vivir como un Cincinato, Bustos, de Córdoba, quiso crear una federación de gobiernos militares que dominasen todas las provincias, y poner a San Martín a su frente. Rivadavia lo supo e hizo vigilar a San Martín, abrir su correspondenci, etcétera. San Martín advirtió todo esto y se indignó. No podía ser de otro modo. Se fué a Europa, en medio de una gran indiferencia —esa indiferencia nuestra que acoje, siempre, todas las grandes acciones— y recordó a Rivadavia, desde lejos, con justo rencor. No obstante, en otras oportunidades, hizo justicia a su gobierno y le regaló unos recuerdos del Perú, como descubre Iriarte. Se detestaron y despreciaron, sobre todo San Martín a Rivadavia, y esto no lo pueden hacer cambiar, ni por arte de magia o espiritismo, los historiadores moralistas que pretenden hacer de la historia un ejemplo de buenas costumbres.

Hay un sable, en la historia sanmartiniana, que se ha hecho famoso. Ningún otro sable ha dado origen a tantas interpretaciones y a tantas tonterías. Es el sable que San Martín destinó a Rosas, en su testamento, por creer que defendía el territorio argentino contra las invasiones de Francia y de Inglaterra. San Martín hizo lo que habría hecho cualquier argentino: obsequiar, como homena-

je, al defensor de la Patria, el más preciado tesoro. Hay una ironía. El sable de San Martín era el símbolo de todas las luchas por la libertad y Rosas representaba, precisamente, la negación de todas las libertades. San Martín creyó que Rosas era un defensor. San Martín murió engañado. Lo engañaron la propaganda rosista de los diarios de Buenos Aires y de sus agentes en Francia; las luchas de los opositores al gobierno francés, que lo acusaban de querer conquistar medio mundo, y no pocas personas que vivían del sueldo de Rosas y estaban muy cerca a él. Rosas no defendió la Argentina. Rosas fomentó los bloqueos, todo lo que pudo, porque mientras Buenos Aires estaba bloqueado él podía justificar el estado de sitio y de terror, llamar a la unión, es decir, aplacar la lucha contra su tiranía, y acusar de traidores a quienes veían con agrado cualquier esfuerzo en contra de su despotismo. Los bloqueos mantuvieron a Rosas en el poder todo el tiempo de su gobierno. Cuando los bloqueos cesaron, Rosas cayó. Los rosistas no tienen otro argumento, para defender a Rosas, que el sable de San Martín. El sable no hablaba ni escribía. En cambio San Martín hablaba y escribía muy bien y en sus discursos y en sus cartas atacó siempre el federalismo, con palabras durísimas, y dijo del gobierno y de la política de Rosas, a su amigo Gregorio Gómez, frases que no siempre se divulgan. San Martín fué el más antifederal de todos los antifederales que hubo en la Argentina y en América, el más contrario al despotismo que practicaba Rosas y un censor duro de su gobierno. Su vida misma, lejos de la Patria, mientras en la Patria no hubiese libertad, demuestra que nunca aprobó los métodos de Rosas Las ideas políticas de San Martín, sus luchas y su actitud lo presentan como al más antirrosista de todos los antirrosistas que hubo en la Argentina y en Euopa.

Una escuela histórica venenosa ha querido ver a San Martín como a un nacionalista cerrado y obtuso. Por nacionalismo entienden, ciertos historiadores, un amor ciego a la Patria y un odio inconsciente a todo lo que no es la Patria. San Martín fué un nacionalista americano, especialmente en sus orígenes políticos. En sus años de permanencia en la Argentina usó contadísimas veces la palabra Argentina y argentinos. Lo mismo le ocurrió en Chile y en el Perú. Sólo empleó el nombre de los argentinos en Europa, algunas pocas veces, cuando hubo que referirse a alguien de Buenos Aires. Autores eminentes acaban de demostrar que San Martín

amó América toda y se preocupó de su destino total y no de una mínima parte. Fué un americanista entusiasta, ferviente y sincero; el más notable de los americanistas. Por ello San Martín es amado y debe ser amado en toda América.

La documentación sanmartiniana se ha enriquecido, últimamente, con unos documentos que todos los críticos argentinos y americanos conocen muy bien. No vamos a hacer la historia de estos papeles, tan discutidos, ni a discurrir acerca de su contenido. Tenemos en preparación, acerca de ellos, un extenso estudio. No decimos, todavía, si son auténticos o si son falsos. Hay en sus líneas palabras que, en verdad, despiertan dudas insolubles. Hay, también, otras dificultades que los defensores de su autenticidad tendrán que hacer grandes esfuerzos para explicarlas. Su contenido puede dividirse en dos partes. Los elogios que se atribuyen a San Martín, dichos por personajes que, en las circunstancias en que aparecen diciéndolos, es difícil que los hayan dicho, y las teorías que pueden desprenderse de varias afirmaciones. Los elogios, suponiendo que las cartas fueran auténticas, no harían daño a San Martín ni a quienes se los pudieron decir. Ojalá fueran ciertos. Ellos demostrarían que la unión de los hombres de América fué más estrecha y más noble de lo que suponen los historiadores contemporáneos. En cuanto a las interpretaciones de los críticos son muy discutibles. Según algunos estos documentos demuestran que San Martín se dirigió a la entrevista de Guayaquil a fin de lograr la posesión de esta ciudad para el Perú; pero, bien leídos, estos documentos no dicen tal cosa y no modifican en absoluto, sino que confirman, la tesis expuesta por nosotros. La historia de San Martín puede seguir escribiéndose sin estos documentos. Falsos o verdaderos, la gloria de San Martín no se aclara ni se enturbia. En cambio, lo que interesa, de estos documentos, es que sean falsos. Auténticos tienen un valor secundario; falsos tienen un valor incomparablemente superior. Como documentos auténticos y verídicos, repetimos, la historia sigue adelante sin sus palabras. Pero si estos documentos fueran, realmente, falsos, surgirían preguntas tremendas y dificilísimas de contestar. Ante todo: ¿cuándo se habrían falsificado? No se trata, a todas luces, de una falsificación moderna. Hoy no hay nadie, en América, que falsifique en tal forma unos documentos. Si son falsos fueron falsificados en la época en que se escribía como está escrito su texto. Ahora bien: ¿quién fué capaz,

hace un siglo, de falsificar estos documentos? ¿Con qué fin se hizo la falsificación? Debemos reconocer que había odios políticos terribles que los señores historiadores desconocen. Debemos reconocer que San Martín, mientras estuvo en el Perú, dejó el gobierno o vivía en Europa, tenía amigos que llegaban al extremo de falsificar documentos de tanta trascendencia. ¿Qué partido político tomó a su cargo esa falsificación? Y si los documentos fueron falsificados con algún fin determinado, ¿por qué no se hicieron circular y se mantuvieron ocultos hasta que un diplomático los encontró junto a otros cientos de papeles? ¿Dónde se hallaban antes de pasar a las manos del historiador que los vendió al diplomático? Estas y otras preguntas plantean problemas de indudable interés, que convendría resolver y que habría que abordar cuanto antes. Los estudiosos han hecho, hasta ahora, críticas directas. Han analizado la letra y su contenido ideológico. Unos han dicho qué letras e ideas son falsas. Otros han jurado que unas y otras son auténticas. Ninguno ha indagado el origen ni se ha preguntado cuándo, donde y cómo pudieron escribirse si en verdad no son auténticos. El Estado y las instituciones sabias de nuestra Patria tienen la obligación de analizar a fondo estos documentos y resolver, aunque sea momentáneamente, si son auténticos o son falsos. Nosotros creemos que su autenticidad, por ahora, es muy difícil de demostrar, pero si se probara lo contrario y nos convenciéramos de ello diríamos, como cualquier historiador honrado, que son auténticos. El estudio, la investigación, están por hacer. Y si este estudio, por muchas razones, no se puede hacer en nuestra Patria, que se haga en el extranjero; pero que se haga.

La historia de San Martín ha llegado, en estos últimos años, a un alto grado de perfección. Ahora sabemos muchas cosas que en otros tiempos no sabíamos: por qué vino a América, quién contribuyó a su venida, qué ideas lo movieron, cuáles fueron sus primeros y grandes trabajos en Buenos Aires, cómo se confundió su conspiración con la de Alzaga, qué fin tuvo esa conspiración, cuál es el origen político de la Asamblea de 1813, qué personas inspiraron sus decisiones, qué pensamientos tuvo San Martín cuando planeó su viaje a Chile y, luego, su viaje al Perú; qué se propuso en Lima, en el instante de tomar el gobierno; cómo cumplió su palabra de no gobernar más de un año, cómo planeó su renuncia cuatro meses antes de partir para Guayaquil, qué razones lo llevaron a esta ciu-

dad, qué trataron él y Bolívar, cómo quedaron inmensos amigos, qué motivos tuvo para no permanecer en Mendoza; qué pensó, siempre, del federalismo y de la política rosista, y otras muchas cosas que las historias comunes olvidan o tergiversan. Por ejemplo: la revolución de 1848 halló en San Martín a un hombre que la reprobó fuertemente. No obstante, en nuestra Patria se conmemoró esa revolución como un gran acto democrático. Fué el comienzo del comunismo. San Martín resultó, con sus ataques y críticas a esa revolución, el primer hombre que condenó el comunismo moderno. Ya sabemos, por tanto, cuál es el mandato de San Martín en nuestros momentos presentes.

San Martín, fundador de la libertad e independencia americana, no es sólo un héreo argentino: es un héroe del Nuevo Mundo. « El más grande hombre —como dijo Lafond de Lurcy— de la América del Sud ».

La última parte de la conferencia del Dr. Gandía estuvo dedicada a exponer la política napoleónica que tuvo por fin la independencia de América. Aclaró que los documentos que se refieren a la vinculación de San Martín con Napoleón, por intermedio del edecán del mariscal Víctor, existentes en el Foreign Office, de Londres, tanto los de M. Castilla como los del Cónsul inglés en Buenos Aires, Mr. Stapples, han sido publicados por él, con sus críticas y comentarios correspondientes, en varios números del *Boletín* de nuestra Sociedad Científica Argentina. Su estudio sobre los proyectos napoleónicos de independencia americana es el siguiente:

LOS PROYECTOS NAPOLEONICOS DE INDEPENDENCIA AMERICANA

Los historiadores de la independencia de América buscan causas generadoras y hombres que hayan concebido ese acontecimiento años antes de su realización. La vieja escuela que enseñaba a buscar los orígenes de todas las cosas tiene en estos estudiosos unos trabajadores incansables. Muchos se ocupan de indagar los orígenes de la independencia americana entre los indígenas. Otros acuden a visionarios. Los más creen en influencias políticas de hechos que ninguna relación tuvieron con la independencia del Nuevo Mundo, como la Revolución de los Estados Unidos, de 1776, la Revolución

francesa de 1789, la política de Gran Bretaña, etc. No vamos a enunciar las otras teorías explicativas, bien populares, como las supuestas causas comerciales y los odios de razas, etc. Doctrinas y teorías se entremezclan graciosamente y llevan a los lectores de confusión en confusión y de error en error. Los estudiosos más serios ven en los hechos ocurridos en España, desde el 2 de mayo de 1808 en adelante, la verdadera razón de los cambios políticos producidos en la América española. La interpretación de estos hechos ha sido muy diferente a lo largo de un siglo. Los primeros comentaristas vieron en la guerra civil entre afrancesados y antiafrancesados de España la ocasión para alcanzar la independencia que habrían aprovechado los supuestos patriotas americanos. Investigadores más sensatos fueron dándose cuenta que los acontecimientos de Europa no fueron una ocasión sino causa de la guerra civil que, más tarde y por otros motivos, terminó por producir la independencia. Napoleón, de acuerdo con estas teorías, habría sido, inconscientemente, el hombre que habría hecho propicio el clima político de donde surgió la independencia, pero no un motor directo o un verdadero precursor de la independencia. Hoy hemos llegado a conclusiones nuevas sobre este aspecto. La independencia, indudablemente, se produjo en el ambiente político que originó la invasión napoleónica en España y en América; pero Napoleón ya no es visto como un motor inconsciente, sino como un precursor y hasta como un autor de la independencia. Los historiadores que buscan precursores han cometido el desliz de olvidarse de Napoleón. No han imaginado que la independencia de América podía haber sido generada directamente por Napoleón. Han creído en otros precursores, que nunca lo fueron, y han soñado planes separatistas e ideales de todo orden donde no existió absolutamente nada. Ahora podemos decir que Napoleón Bonaparte fué el primer hombre que pensó, fundadamente, en la independencia americana y trabajó, como ningún otro precursor, en ese ideal. Comparado con Miranda, Napoleón lo supera, tanto en sus proyectos como en sus esfuerzos. Hoy debemos considerar a Napoleón como el fundador europeo de la independencia de la América española.

Pocos son los autores que han estudiado a Napoleón y sus planes de independencia americana. Los más han hablado de sus misiones al Nuevo Mundo, convencidos que ellas tenían por fin lograr la adhesión de los gobiernos hispanoamericanos al rey José Bonaparte,

su hermano, que él había colocado en el trono de los Borbones. Otros han aludido a sus planes de independencia sin relacionarlos con los hombres que los convirtieron en realidad. Quienes hablan de la influencia de Francia en los destinos de América creen hallarlos en la Revolución francesa, ingenuidad y error que aún repiten algunos estudiosos semidoctos con un desconocimiento admirable de ideas, fechas, causas y efectos. La Francia revolucionaria se alió precisamente a España para impedir culquier movimiento liberal, tanto en la Península como en América. Esto fué antes de Napoleón. Después de él, la Francia de la restauración volvió a España para sofocar cualquier levantamiento americano. Sabido es cómo el duque de Angulema ayudó a reponer en el trono a Fernando VII, desplazado por los liberales, y existió la posibilidad de que Francia y las naciones del pacto religioso llamado de la Santa Alianza, se volcaran sobre América para ahogar sus ideales liberales. Hasta 1830, en que una revolución cambió el régimen de gobierno francés, la Francia restauradora no quiso reconocer la independencia de las naciones americanas por su identidad de principios con España. Pero Napoleón vivió otra política. El tratado de Amiens, de 1801 y 1802 puso en sus manos vastas posesiones de América. La Luisiana, Santo Domingo, Martinica, Guadalupe y Guayana aumentaron el imperio de Francia. Napoleón tenía pensamientos mundiales. Muchos de sus sueños no se escribieron nunca en papeles y han llegado hasta nosotros a través de recuerdos de otras personas. La lucha contra Gran Bretaña lo llevó a pensar en América. Cuando quiso aprisionar a la familia real portuguesa y vió que la flota británica la llevaba, sana y salva, al otro lado de mar, comprendió que América podía ser el asiento de imperios poderosos y que en cualquiera de sus ciudades podían refugiarse los Borbones de España. Este pensamiento, en efecto, lo habían tenido los reyes de España más de una vez. Era preciso, por tanto, dividir a Portugal en varias partes, dando una de ellas a su amigo Manuel Godoy, el Príncipe de la Paz, dictador de España, e impedir que el Nuevo Mundo hispano se transformase en un asilo, seguro e inalcanzable, de los Borbones o cualquier otra dinastía enemiga suya. La entrega de la corona de España a su hermano José Bonaparte tuvo por fin más el dominio de América que la sujeción de España. Esta nación, como simple potencia peninsular, no interesaba tanto como la visión de toda la América española. Por ello Napoleón decidió el envío

de emisarios al Nuevo Mundo que trataran de conseguir la adhesión a su hermano el rey José I Bonaparte. Los emisarios, como el marqués de Sassenay en Montevideo y Buenos Aires, tuvieron escasa fortuna. La revolución madrileña del 2 de mayo de 1808 había entusiasmado a la gran mayoría de los habitantes de América en la lucha contra los franceses. Esa guerra se había transformado, de pronto, por la lealtad española y por la acción del clero, que veía en los franceses a unos herejes, en guera santa y de un fuerte carácter nacionalista. Los contrarios o afrancesados eran juzgados traidores. No importaba que grandes espíritus de España, como Goya, Moratin y tantos otros, estuviesen dispuestos a aceptar el dominio bonapartista, pues veían lo inútil que era esperar libertad de parte de los Borbones. Todos esos hombres eran mirados como viles, « caras vueltas », traidores puros, y se les perseguía y mataba como a perros rabiosos. La lucha entre afrancesados y nacionalistas alcanzó momentos terribles. Era más dura entre los mismos españoles, divididos en esos dos bandos, que entre españoles y franceses. El marqués de Solano, superior y amigo íntimo del general argentino don José de San Martín, fué arrastrado por las calles, por una muchedumbre enbravecida y hecho pedazos. San Martín se alejó de ese barbarismo para no ser otra víctima, pues sus ideas políticas, como veremos, eran las mismas de su superior. Napoleón advirtió que le sería muy difícil, por no decir imposible, llegar a convencer a los americanos de sus buenos propósitos y entonces resolvió fomentar los ideales de independencia en el Nuevo Mundo. Hasta entonces, nadie, en América, había pensado realmente en separarse de España. Es ésta una verdad que no nos cansamos de repetir. Todo cuanto se diga en contrario no pasa de suposiciones o de fantasías. Cualquier movimiento revolucionario en América que se analice se descubrirá en seguida que tuvo cualquier fin menos que el de la independencia. Se luchaba porque unos impuestos eran exagerados, porque un gobernador era indeseable, etc., pero no porque se quisiera implantar la independencia. Se luchaba, también, por un cambio de régimen, del monárquico al republicano, pero sin independencia. Napoleón trató de despertar ese ideal en las masas americanas y para ello se valió de todos los medios. La lucha contra los franceses, entre tanto, llevaba a los americanos por caminos nuevos de esperanza constitucional. El partido liberal español estaba convencido que al final de la guerra contra los franceses, cualquiera fuese

el resultado, en España o en América iba a imponerse un régimen de gobierno liberal y constitucional. No es exacto que los americanos peleasen contra los franceses para combatir, luego, por la independencia. Este doble propósito no se descubre en ningún documento y no pasa de una imaginación de historiadores modernos. El pueblo americano que detestaba a Napoleón tenía la noble esperanza de vencer y de que Fernando VII volviese a ocupar el trono. No ocultaba otros propósitos. El suponerlo es caer en anacronismos y convertir en adivinos a los políticos de aquel entonces. Nadie podía imaginar lo que ocurriría un día, un mes, un año después. No es serio, por tanto, hacer estas atribuciones. La verdad es que en aquellos años en que Francia e Inglaterra combatían por el dominio del mundo muchos políticos, tanto en España como en América, eran partidarios de Francia y otros lo eran de Inglaterra. En cada ciudad americana había partidarios de uno y otro bando. Los nacionalistas hispanoamericanos acusaban a sus contrarios de ser traidores, partidarios de la causa de Napoleón. Estos se defendían cuando advertían que la mayoría de los habitantes era de ideas antibonapartistas y el inclinarse por Napoleón parecía traición pura. El partido francés o napoleonista de América era, sin embargo poderoso. Actuaba muy en silencio, por temor y conveniencia; pero actuaba. La mayoría de sus componentes pensaba entregar estas tierras a Napoleón, a quien consideraba un protector frente a Gran Bretaña, de la cual desconfiaba. Otros, en cambio, estaban dispuestos, simplemente, a reconocer al rey José Bonaparte, del mismo modo que sus abuelos habían reconocido a la casa de Borbón cuando había suplantado a la de Austria. Quienes simpatizaban con Napoleón y la nueva dinastía de los Bonaparte lo hacían porque conocían a fondo la decadencia de la casa de Borbón, la debilidad del rey Carlos IV, la liviandad de su mujer, María Luisa, el carácter ambicioso, difícil, astuto, del Príncipe de Asturias, el joven Fernando, y la rapacidad y fatídico talento del favorito, Manuel Godoy. Los sucesos de Bayona, con sus renuncias sucesivas y disputas de padres e hijos, habían traído, en muchos aspectos, aún mayor descrédito sobre la casa real española. Los liberales que combatían a Napoleón porque deseaban un retorno de Fernando VII apoyado por ellos o un cambio de régimen institucional, pasando de la monarquía a la república, tenían muchas esperanzas en sus ideales y en el fin de la lucha. Napoleón no había asustado a los españoles

ni a los americanos en lo que se refería a sus planes futuros. El ministro de relaciones exteriores del imperio, Champagny, había dirigido el 17 de mayo de 1808 una circular a las autoridades de América en la cual aseguraba que el emperador no rompería la unidad de España y América, fortificaría sus instituciones y daría mayor prosperidad a sus habitantes. El comercio, sobre todo, iba a ser ampliado grandemente. Los creyentes en el materialismo histórico y en la teoría, tan superficial, de que la independencia de América se hizo por el deseo que tanta gente tenía de comerciar con libertad, no se han preguntado por qué esa gente, tan ansiosa de comerciar, no adhirió de inmediato a la política napoleónica. Por qué, en otros términos, pudo más el idealismo político que el interés económico. La respuesta es sencilla: la libertad de comercio no era tan necesaria, primero porque en gran parte existía y el contrabando suplía cualquir deficiencia, y luego porque las ideas políticas eran superiores —como lo han sido siempre— a las ganancias materiales. Las promesas que Napoleón hacía a España eran muchas, pero los criollos y españoles desconfiaban de ellas porque habían visto lo que había hecho en España y temían que repitiese sus traiciones en América. Los virreyes y gobernadores de no pocas ciudades americanas vacilaron ante el anuncio de que en Madrid gobernaba como rey José I Bonaparte y en las provincias se combatía fuertemente entre franceses y españoles. Muchos decidieron esperar para plegarse al que resultase vencedor. Los más se declararon abiertamente en contra de Napoleón y de Francia. En Buenos Aires, el virrey don Baltasar Hidalgo de Cisneros hizo suya la idea de don Martín de Alzaga, de reunir un Congreso o asamblea en la cual resolver el futuro de América, y lanzó esta idea al pueblo, con la cual fué posible el Cabildo del 22 de mayo 1810. La idea de Alzaga, llevada a la práctica por Cisneros, era, en el fondo, una simple convocatoria a Cortes, como se hacía en España desde tiempo inmemorial cuando el reino se hallaba acéfalo. Igual resolución se había tomado en México poco antes. Napoleón quería, por todos los medios, que los americanos supiesen que él estaba dispuesto a favorecer la independencia del Nuevo Mundo, pero los americanos deseaban seguir fieles a Fernando VII, pues nunca habían tenido tan peregrinas ocurrencias. Los enviados de Napoleón fracasaron todos por diferentes causas y, siempre, por el patriotismo y fidelidad al rey de los buenos criollos y españoles. El 12 de diciembre de 1809, Napoleón se dirigió

a las cámaras con palabras emocionadas y definitivas. Recordó que Francia había ayudado a su independencia a los Estados Unidos y expresó que igual cosa deseaba hacer con la América española.

« El emperador no se opondrá nunca a la independencia de las naciones continentales de la América. Esa independencia está en el orden necesario de los acontecimiento, está en la justicia, está en el interés bien entendido de las potencias. Es Francia la que ha establecido la independencia de los Estados de la América septentrional; es ella la que ha contribuido a acrecentarlos con varias provincias. Ella estará siempre dispuesta a defender su obra. Su potencia no depende del monopolio, no tiene interés contrario a la justicia. Nada de lo que pueda contribuir a la felicidad de América se opone a la prosperidad de Francia, que siempre estará bastante rica cuando se vea tratada con igualdad por todas las naciones y en todos los mercados. Sea que los pueblos de México y del Perú quieran permanecer unidos a la metrópoli, sea que quieran elevarse a la altura de una noble independencia, Francia no se opondrá a ello siempre que esos pueblos no formen ningún vínculo con Inglaterra. Francia no necesita para su prosperidad y su comercio de vejar a sus vecinos ni imponerles leyes tiránicas ».

El pensamiento del emperador no puede estar mejor expuesto. Francia deseaba la independencia de la América española con tal que los nuevos Estados no se uniesen a Inglaterra. Nótese la fecha en que Napoleón anunciaba la independencia de América: 12 de diciembre de 1809. Once meses antes, en Buenos Aires, Martín de Alzaga había hecho la revolución del primero de enero para alcanzar el mismo fin que, casi un año más tarde, exponía Napoleón. Alzaga había sido el primer hombre, en esta parte de América, en concebir la independencia. Napoleón, en Europa, había sido el primero en anunciarla públicamente al mundo. Le faltaba hallar al conductor que la hiciese realidad y este conductor lo encontró tres años después. Francia deseaba la independencia de la América española como había deseado y ayudado la independencia de la América inglesa. Las razones eran, más o menos, las mismas. Había que disminuir el poder de Gran Bretaña y el poder de la España borbónica. Había que impedir que la América española cayese bajo al dominio de la hermana de Fernando VII, Carlota Joaquina, o sirviese de asiento a la dinastía borbónica. Una América española libre era siempre más conveniente que unida a España. Nicolás

García Zamudio, en su bello libro, discutible en muchos aspectos, *La independencia de Hispanoamérica* (Buenos Aires, 1945), ha expuesto con talento y en forma objetiva estos y otros hechos de la política napoleónica en América. El ministro Champagny aconsejó a Napoleón que esta política se hiciese directamente desde Madrid, por intermedio del rey José. No sabemos si fué un error o no lo fué. Con ello se quería, sin duda, evitar que los pueblos americanos sospechasen que el emperador deseaba apropiarse de América. No era éste el designo de Napoleón, sino el de hacer libres a los americanos, pero los habitantes del Nuevo Mundo recibieron con suma desconfianza a los emisarios de Napoleón que empezaron a desparramarse por América Se designó jefe de esta propaganda a Desmoland y se empezó la acción desde los Estados Unidos Esta república fué puesta como ejemplo en todos los comunicados. El ministro de Francia, Serurier, tuvo largas conversaciones sobre la independencia de la América española con el Presidente Madison y con el secretario Monroe e hizo saber en manifiestos que Francia era la primera nación en apoyar públicamente cualquier intento de independencia que se produjese en América. Los documentos principales de estos hechos pueden verse en la conocida obra de C. A. Villanueva, *Napoleón y la independencia de América* (París, 1911). Los enviados napoleónicos fueron muy mal recibidos en todas partes. Eduardo Posada, en su libro *Apostillas* (Bogotá, 1926), ha dado a conocer la historia del emisario de Napoleón, Manuel Rodríguez Alemán, que llegó a La Habana el 18 de julio de 1810 y fué fusilado por traidor el 30 de ese mes. Nosotros hemos revelado los nombres de otros emisarios que no se sabe, a ciencia cierta, si pudieron llegar a América. Eran españoles y varios de ellos habían nacido en las provincias vascas. El diplomático y compañero de Napolón, Caulaincourt, cuyas memorias hemos hecho conocer en lengua española, recordó que al regreso de Rusia, en 1812, el emperador comentaba el vuelco que daría el mundo con la independencia de América. Esta independencia, a juicio de Napoleón, amenazaría antes de diez años a Gran Bretaña. Las nuevas naciones hispanoamericanas serían amigas de los Estados Unidos, los cuales lo eran de Francia. Las nuevas naciones adoptarían sin duda el régimen republicano o pondrían a su frente a alguno de los jefes que luchaban por la independencia. Napoleón pensaba que en los comienzos, Gran Bretaña se beneficiaría con el comercio de la América española, pero que

pronto terminarían, las nuevas naciones, por ser más amigas de Estados Unidos y de Francia. Lo indudable era que los cambios que produciría la independencia de la América española serían inmensos, tanto en el comercio como en la política internacional. No debe sorprender, en consecuencia, que Napoleón desease tan firmemente la transformación de las colonias hispanoamericanas en Estados independientes. No le faltaban razones para contar con la simpatía de todos los hispanoamericanos. Gran Bretaña era una vieja enemiga de España. En 1806 y 1807 había intentado conquistar a Buenos Aires. También había atacado, en otras oportunidades, puntos diversos de la costa hispanoamericana. Gran Bretaña era odiada en España y en América y Napoleón era el más admirado de los hombres. Por todo ello pensaba que los hispanoamericanos se volcarían a su lado cuando los llamase a la independencia. No sospechaba Napoleón que los hispanoamericanos eran los más fieles vasallos del mundo, que seguían a Fernando VII porque en él depositaban todas sus ilusiones políticas después de la caída del favorito Manuel Godoy y esperaban que el partido liberal y constitucional cambiase la administración y la suerte de todo el imperio. Los criollos y españoles deseaban ser súbditos de Fernando VII y no de otros monarcas. Además, cuando Napoleón empezó a dominar a España y se produjo la revolución del 2 de mayo de 1808, la suerte del emperador francés cambió violentamente en el mundo. España lo vió como a un invasor, y América como a un traidor. Fué inútil que el duque de Basano instruyese al ministro Serurier, el 19 de septiembre de 1810, para que hiciese saber en Washington la simpatía con que Francia vería la independencia de las colonias españolas de América en plena lucha civil. Los americanos ya habían decidido luchar por España y por Fernando VII y muy pocos, como dijimos, eran los que aún veían a Napoleón como a un salvador. Gran Bretaña se había hecho aliada y amiga. En 1812, el representante de Bolívar, Palacio Fajardo, pidió al ministro francés en Wshington, Serurier, una ayuda para luchar en contra de los absolutistas españoles. Serurier aconsejó a Palacio Fajardo que se dirigiese a París, a conversar con el mismo Napoleón. Palacio Fajardo llegó a París el 13 de marzo de 1813 y junto con el comisionado de los generales venezolanos Marino y Bermúdez, Luis Delpeck, se entrevistó con el ministro Bassano y le expuso la urgente necesidad de una ayuda militar. Napoleón dispuso que partiese una expedición rumbo a Ve-

nezuela y Nueva Granada; pero los ministros Bassano y Feltre aconsejaron a Napoleón que no emprendiese nuevas conquistas, pues todas las fuerzas eran imprescindibles en Francia. En efecto: las esperanzas de Napoleón, de transformar América en una serie de repúblicas independientes y todos sus buenos propósitos de ayudar a los liberales hispanoamericanos se esfumaron entre odios y venganzas con la batalla de Waterloo. Sólo un grupo de emisarios napoleónicos pudo partir, silenciosamente, de Cádiz a Londres y de Londres al Río de la Plata a cambiar radicalmente la política que se hacía en esta parte de América y luchar abiertamente por la independencia del Nuevo Mundo. Salieron con sus pasaportes en regla y pasaron a Londres con el fin de embarcar rumbo a América. Estos comisionados eran el entonces teniente coronel José de San Martín, el teniente coronel Carlos de Alvear, el artillero barón de Holmberg y otros. Habíalos convencido a la causa napoleónica de la independencia americana el edecán del mariscal Víctor. Llegaron a Buenos Aires, fundaron una logia masónica y conspiraron para derribar la Junta ejecutiva, hoy llamada Triunvirato, compuesta por Bernardino Rivadavia, Juan Martín de Pueyrredón y Antonio Chiclana. La revolución de los liberales independencionistas estalló el 8 de octubre de 1812 e inició una nueva política en el Río de la Plata. Desde ese instante se empezó a pensar en la independencia de un modo semioficial y a luchar por este inmenso ideal. San Martín fué el hombre que mejor comprendió los planes napoleónicos. No olvidemos, para comprender la grandiosidad de estos hechos, que la independencia de América no era ni siquiera imaginada por los hombres de 1800 en adelante hasta que Napoleón le dió un carácter de posibilidad y verosimilitud incuestionables. Napoleón, en otros términos, fué el primer gran político, después de Miranda, que soñó una América libre en su inmensidad, y Martín de Alzaga, que desde el 1806 conspiró por la independencia del virreinato del Río de la Plata, que tuvo la visión exacta de una América española convertida en una serie de repúblicas o Estados independientes. La concepción napoleónica de la independencia del Nuevo Mundo fué comprendida, como dijimos, inmediatamente, como única posibilidad histórica y política de aquellos momentos de tragedia universal, por San Martín. En este sentido San Martín se nos aparece en la historia como un precursor y un intuitivo maravilloso. No fué un soñador tipo Miranda ni un separatista vasco como Alzaga. Fué el

hombre que, como Napoleón, vió claro en el mundo y advirtió que la independencia de América se hacía inevitable si no se hundía uno de los dos grandes partidos en que se había dividido España y estaba por dividirse América. La lucha de liberales y absolutistas, representados por los partidarios de los derechos naturales del hombre y los gobiernos locales y los partidarios de los derechos divinos de los reyes y el Consejo de Regencia, no podía detenerse con triunfos aislados. Era necesaria una ruptura definitiva que aislase a unos de los otros, para siempre. Napoleón deseaba por innúmeras razones políticas y económicas la independencia de la América española. San Martín se dió cuenta que era inútil confiar en el retorno de Fernando VII y esperar de él verdaderas reformas liberales. En Fernando VII creían muchos liberales y muchos hombres de buena voluntad, pero quienes conocían profundamente su psicología y su política, como San Martín, sabían que era tiempo perdido el esperar de Fernando un solo soplo liberal. Por ello aceptó la ayuda secreta de Napoleón y partió a América a luchar por su independencia. San Martín fué, sin saberlo, el colaborador más extraordinario que tuvo Napoleón. Los dos hombres se agrandan en la historia y alcanzan una misma altura. Napoleón es para los americanos el creador de la idea de su libertad. San Martín es el ejecutor primero de esa idea, el hombre que transforma, con su llegada a Buenos Aires, la política argentina y pone en movimiento una nueva ideología que termina por declarar la independencia de la América española y dar la independencia real a Chile y al Perú. San Martín no olvidó las enseñanzas napoleónicas aun después de la caída del gran dictador. María Graham, amiga de Cochrane y, en cierto modo, poco afecta a San Martín, aunque dice de él muy buenos juicios, escribe en su *Journal of a residence in Chile* (Londres 1824) que San Martín « aspira a la universalidad, como Napoleón, que según he oído, tuvo algo de esa debilidad y de quien habla siempre como de su modelo o, mejor dicho, su rival ». La gloria napoleónica se hundió, para siempre, en la política de aquel tiempo, con el tratado de París, del 30 de marzo de 1814. Palacio Fajardo, que había ido a Francia a buscar la ayuda de Napoleón para la independencia de América, fué arrestado y sólo pudo salir de la cárcel gracias a los buenos oficios de Bonpland, Humboldt y Dupont de Nemours. América era reocupada por las fuerzas absolutistas. La suerte se daba vuelta en forma violenta. El antiguo ministro de Napoleón, Serurier, que había tratado de obtener la

ayuda de Estados Unidos para lograr la libertad de la América española, hacía trabajos con el zar Alejandro I de Rusia para que Estados Unidos impidiese los progresos de los liberales hispanoamericanos. Estados Unidos se mantuvo neutral; pero en Europa se temía grandemente a esa pobre América, semivencida, donde sólo combatía, con fuerza inaudita, un ejército de argentinos. San Martín era el alma de ese ejército, el representante espiritual de Napoleón en América que seguía venciendo y amenazando a Europa. Rusia y las grandes potencias que habían derribado a Napoleón querían, también, aplastar a los últimos liberales del Nuevo Mundo para que no llegasen a ser, algún día, un peligro para todas las cabezas coronadas. Temíase, asimismo, que se uniesen a los americanos del Norte y llegasen a constituir la fuerza más poderosa de la tierra. Una América unida era, desde entonces, el fantasma de todas las dictaduras. Como última salvación, los reyes de Europa trataban de instalar monarquías en América para que las ideas republicanas y liberales no ganasen tanto terreno. San Martín seguía su campaña incansable y luminoso. Su constancia fué su triunfo. No vacilaba en sacrificios con tal de ganar. La idea de la independencia de América sería conducida, magistralmente, a la gloria. El 26 de mayo de 1819 pensó ponerse a las órdenes de O'Higgins con tal de poder llevar adelante la campaña proyectada contra los absolutistas españoles. Escribió a su amigo Tomás Guido: «Pero vaya otra propuesta que me parece puede llenar todos los objetos. ¿No sería mejor fuese O'Higgins mandando la expedición y yo de Jefe de Estado Mayor? Por este medio se activaría todo y todo se conciliaría». En 1822 repitió exactamente lo mismo a Bolívar: estaba pronto a ser su segundo si se unían los ejércitos de Colombia y Perú en la guerra contra los absolutistas españoles. Bolívar no aceptó su propuesta, como no la aceptó O'Higgins. Y la independencia, que San Martín había hecho declarar, a los hombres de Tucumán, el 9 de julio de 1816, fué llegando para Chile y para el Perú y, poco después, cuando estuvo asegurada, su gran compañero, Simón Bolívar, le dió el toque definitivo. Napoleón era un recuerdo, una sombra gloriosa en la historia; pero San Martín lo tuvo presente toda su vida, con admiración callada y honda, pues sabía muy bien que el genio político más extraordinario de la historia moderna había sido el primer hombre que había defendido los esfuerzos de los liberales hispanoamericanos en su lucha inconcebible por la Libertad.

BIBLIOGRAFÍA

JOSEPH A. BABOR y JOSÉ IBARZ AZNAREZ. « Química General Moderna ». 4ª edición española. Manuel Marín. Barcelona-Buenos Aires. 1949. XXV. 902 pág.

Ha aparecido recientemente la cuarta edición española de esta conocida obra, traducción y ampliación realizada por el profesor doctor José Ibarz Aznarez tomando como base la conocida y vastamente difundida obra « Basic College Chemistry » de Joseph A. Babor.

El texto ha sido encarado desde un nuevo punto de vista y está considerablemente aumentado con respecto de las ediciones anteriores. Para procurar al estudiante una base que le ayude a comprender la estructura atómica y a apreciar la importancia de la tabla periódica, se exponen en los primeros dos capítulos ciertos conceptos y principios fundamentales de física y química. Los temas se suceden con arreglo a un ordenado estudio de los elementos según aparecen en la nueva tabla periódica que se usa (la de Mendelejeff modificada por W. F. Luder y por J. A. Babor). Se intercalan capítulos sobre la teoría y estructura atómica, valencia, clasificación de los elementos, etc., posteriormente se incluyen los más recientes progresos en el campo de la química como ser: la desintegración y escisión atómica, la reacción en cadena, la pila de uranio, la radioactividad artificial, etc. Se hace hincapié en los aspectos cuantitativos de las técnicas y al final de los capítulos se incluyen problemas y preguntas para que el estudiante pueda controlar y completar su aprendizaje.

El traductor, Dr. José Ibarz Aznares, catedrático de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Barcelona, amplía la obra original intercalando en el texto el estudio de diversos temas como ser estudio de la ecuación general de los gases, gases reales, calor y trabajo en una racción química, carga del electrón, Ley de Moseley, etc. Además es el encargado de escribir la parte de química orgánica, la cual se presenta más completa que en la obra originaria. En 232 páginas efectúa el estudio sistemático y conjunto de los compuestos aromáticos, describe diversos productos de importancia científica (caucho, nylon, DDT, etc.), o de aplicación terapéutica (sulfamidas, penicilina, etc.). Finaliza con capítulos dedicados a compuestos organo-metálicos, pigmentos, enzimas, vitaminas, hormonas, alimentos, etc. En la parte final de la obra se incluyen tablas sumamente interesantes.

La traducción es muy buena, la impresión cuidadosa y las ilustraciones muy nítidas.

JOSÉ ARCURI.

NOTICIARIO

PREMIO SOCIEDAD CIENTIFICA ARGENTINA

REGLAMENTO

ART. 1º — La Sociedad Científica Argentina crea una recompensa denominada « Premio Sociedad Científica Argentina », para ser otorgado entre quienes dentro de los cinco años anteriores al de la entrega del mismo, se hayan distinguido en la República Argentina, por su labor científica original en algunas de las siguientes ramas del saber: *a*) Matemática-Astronomía; *b*) Biología-Medicina; *c*) Física-Química; *d*) Ciencias Naturales Geología Arqueología; *e*) Ciencias aplicadas-Tecnología.

El premio consistirá en un diploma, una medalla y una suma de dinero. Por excepción podrá dividirse, pero a lo sumo entre tres personas.

ART. 2º — El « Premio Sociedad Científica Argentina », será acordado por un Jurado de cinco miembros, el Presidente de la S. C. A. será uno de ellos y en tal carácter presidente de dicho Jurado. Los restantes miembros serán nombrados por la Junta Directiva de dicha Sociedad, entre las personas de destacada actuación en la rama de la ciencia de que se trate, y sean o no socios de la Sociedad Científica Argentina.

ART. 3º — Anualmente, y antes del 15 de Junio, la Junta Directiva decidirá si ese año se acordará el « Premio Sociedad Científica Argentina », y en caso de resolución afirmativa, la suma que se destinará a tal fin, así como la rama a que se adjudicará el mismo la cual, en lo posible, será la que corresponda por rotación de las cinco fijadas en el artículo 1º.

En la sesión siguiente la Junta Directiva designará los cuatro miembros restantes del Jurado.

ART. 4º — El Jurado se reunirá por citación de su Presidente, establecerá sus propias normas de funcionamiento y deberá expedirse antes del 1º de septiembre del mismo año, teniendo particularmente en cuenta, que el Premiado haya desarrollado su labor dentro de la República Argentina, no considerándose los trabajos llevados a cabo en laboratorios o instituciones del extranjero.

ART. 5º — Cada miembro del Jurado emitirá su voto por escrito, fundándolo y haciendo mención concreta de los trabajos realizados por el candidato que proponga así como de los resultados de los mismos. El premio será acordado al candidato que reuna tres votos como mínimo, pero también podrá ser declarado desierto. Las decisiones del Jurado serán inapelables.

ART. 6º — El « Premio Sociedad Científica Argentina », será entregado en el Acto Público que en la misma se lleva a cabo al finalizar el Ciclo Anual de Conferencias, siendo optativo para el premiado exponer en tal ocasión un resumen de su labor.

ART. TRANSITORIO. — En este año 1950, el Jurado se expedirá antes del 10 de Noviembre, en lugar de la fecha establecida en el Art. 4º, y su designación será efectuada durante el mes de Agosto.

SESIONES CIENTIFICAS ARGENTINAS

La Sociedad Científica Argentina y la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias han tenido conjuntamente la iniciativa de realizar reuniones científicas con un criterio que difiere respecto del observado en celebraciones análogas anteriores; en efecto, dentro del propósito de difundir distintos aspectos del adelanto científico nacional o extranjero, procurando que su conocimiento alcance a quienes no sean especializados en las materias que se consideren, se abordará un muy limitado número de temas, de interés general y de índole varia, complementados con la exhibición de cintas cinematográficas de carácter científico y elementos ilustrativos de naturadeza diferente, relacionados también con la técnica en algunas de sus formas de aplicación y aprovechamiento. Así nació la idea de celebrar las SESIONES CIENTIFICAS ARGENTINAS que, al par que sirven para el fomento de nuestra cultura, habrán de exteriorizar la obra en que se hallan empeñados los hombres de ciencia que actúan en nuestro país.

El Comité organizador está constituído por los ingenieros Eduardo M. Huergo y Ludovico Ivanissevich en representación de la Sociedad Científica Argentina, los doctores Venancio Deulofeu y Eduardo Braun-Menéndez como delegado de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias y el doctor Abel Sánchez Díaz, Vice-Presidente de la Sociedad Científica Argentina, en el carácter de miembro coordinador.

Las SESIONES CIENTIFICAS ARGENTINAS se llevarán a cabo en la sede de la Sociedad Científica Argentina durnate los días 20, 21 y 22 de setiembre, iniciándose con una conferencia inaugural a cargo del Dr. Bernardo A. Houssay. En reuniones especiales se tratarán temas relacionados con la utilización del Sorgo azucarado, los recursos energéticos del país con un balance general de las fuentes de energía y estudio particular de la explotación petrolífera, y varias disertaciones sobre la aplicación de la genética al mejoramiento de la agricultura y la ganadería.

Habrá además, una muestra de libros franceses, científicos y técnicos, auspiciada por la Embajada de Francia y la exhibición de cintas cinemtográficas, inéditas, de interés científico y de varios « stands » con aparatos, gráficos y otros elementos ilustrativos de aplicaciones variadas de algunas técnicas agrícolas, industriales y científicas.